Nuestras propias historias

Vida en comunidad II








Vida en comunidad

II

PRESIDENTE DE LA REPÚBLICA
Lenín Moreno Garcés

MINISTRO DE EDUCACIÓN
Milton Luna Tamayo

VICEMINISTRO DE EDUCACIÓN
Alfredo Astorga Bastidas

VICEMINISTRO DE GESTIÓN EDUCATIVA
Francisco Cevallos Tejada

SUBSECRETARIO PARA LA INNOVACIÓN EDUCATIVA Y EL BUEN VIVIR
Diego Paz Enríquez

DIRECTORA NACIONAL DE MEJORAMIENTO PEDAGÓGICO (E)
Laura Barba Miranda

EQUIPO TÉCNICO
Coordinación editorial: Verónica Vacas Andrade
Consejo editorial: Javier Calvopina Loaiza, Javier Saravia Tapia

EDICIÓN, ILUSTRACIÓN, DISEÑO Y DIAGRAMACIÓN
Medios Públicos - EP

IMPRESIÓN
Medios Públicos - EP

ISBN: 978-9942-22-356-2

Av. Amazonas N34-451 y Atahualpa Quito, Ecuador

www.educacion.gob.ec

Simbología

Categoría


Estudiante


Docente y personal administrativo


Grupo familiar

Región


Costa


Sierra


Amazonía


Insular









Promovemos la conciencia ambiental en la comunidad educativa.

ADVERTENCIA
Un objetivo manifiesto del Ministerio de Educación es combatir el sexismo y la discriminación de género en la sociedad ecuatoriana y promover, a través del sistema educativo, la equidad entre mujeres y hombres. Para alcanzar este objetivo, promovemos el uso de un lenguaje que no reproduzca esquemas sexistas, y de conformidad con esta práctica preferimos emplear en nuestros documentos oficiales palabras neutras, tales como las personas (en lugar de los hombres) o el profesorado (en lugar de los profesores), etc. Sólo en los casos en que tales expresiones no existan, se usará la forma masculina como genérica para hacer referencia tanto a las personas del sexo femenino como masculino. Esta práctica comunicativa, que es recomendada por la Real Academia Española en su Diccionario Panhispánico de Dudas, obedece a dos razones: (a) en español es posible <referirse a colectivos mixtos a través del género gramatical masculino>, y (b) es preferible aplicar <la ley lingüística de la economía expresiva> para así evitar el abultamiento gráfico y la consiguiente ilegibilidad que ocurriría en el caso de utilizar expresiones como las y los, os/as y otras fórmulas que buscan visibilizar la presencia de ambos sexos.

Presentación

Los libros de la colección "Nuestras propias historias" son resultado del concurso organizado por el Ministerio de Educación en el marco de la campaña nacional de lectura. Esta convocatoria invitó a la comunidad educativa a relatar anécdotas, recuerdos, leyendas, costumbres y tradiciones de sus familias, barrios, escuelas y más lugares. Permitió compartir los conocimientos y saberes de abuelos y abuelas a través de los relatos de las experiencias que han tenido a lo largo de su vida.

Hoy publicamos los trabajos ganadores e incluimos también una *Guía de mediación lectora* dirigida a docentes que servirá para el fomento de la lectura dentro y fuera de las aulas.

En los libros que tienen en sus manos encontrarán relatos fantásticos, de amor y de terror; leyendas y descripciones de cómo se viven las tradiciones de nuestro país y cuentos que transcurren en la comunidad, la familia o la escuela. Son narraciones que han sido contadas por nuestros abuelos, abuelas, madres, padres, hermanas, hermanos, estudiantes, docentes y más gente que trabaja en nuestras instituciones educativas.

Cada uno de los relatos que aquí se cuentan han sido compartidos desde la palabra oral y la escritura entre toda la comunidad educativa; al leerlos nos conoceremos y acercaremos como comunidad para aprender los unos de los otros valorando la diversidad de conocimientos.

Esperamos que disfruten de esta lectura y que también se animen a contarnos sus propias historias.

Prólogo

La escritura de creación es un misterio. El momento en que alguien toma un bolígrafo y un papel, o está frente al teclado de un computador, se abren las puertas de algo insospechado; nadie sabe en realidad lo que puede ocurrir. La imaginación se pone en marcha, las imágenes nos hacen un cerco, los recuerdos nos caen como en una cascada para envolvernos. Estamos, en esos momentos, en un estado interno mental y emocional en pleno movimiento; una fuerza desconocida nos empuja para sacar a la luz algo que nos pertenece, que nos exige que lo dejemos salir a la claridad del día. Esa es la escritura de creación y la aventura de escribir.

Hay quienes, en un momento de su existencia –desde la adolescencia, en la época de las aulas escolares o más tarde–, eligen ese camino con un entusiasmo singular, movidos por una sensación interna que no puede ser descrita con facilidad. Lo único que saben es que se trata de un impulso que les lleva a escribir y crear un mundo que antes no existía ni en el papel ni en la pantalla. Ese es el misterio de la escritura.

Con esto no solo me refiero al trabajo que hacen los "escritores profesionales", hombres y mujeres, que han creado literatura y publicado libros como parte del oficio constante que tienen en su vida. No. Me refiero a que la posibilidad y las ganas de escribir están guardadas en cada uno de nosotros. Para muchos, la lectura de libros es el gran estímulo para escribir también. Unos han leído poco, y otros están intentando introducirse en el mundo que describen los libros que están en sus manos. La literatura (los

cuentos, las novelas, las tradiciones y leyendas escritas) no solo está para ejercitar el razonamiento y comprender el contenido de las narraciones, sino también para sentir con nuestro corazón lo que otros nos cuentan; por ello a veces nos hacen reír, nos ponen contentos, hacen que se nos escapen unas lágrimas (o al menos se nos hace un nudo en la garganta), o nos dejan pensando un rato.

Siempre creí en las capacidades y las ganas de escribir que tienen las personas que forman parte de la comunidad educativa: estudiantes, docentes, y también madres y padres de familia. Solo necesitaban una oportunidad, un empujoncito.

Al inicio, cuando en el Ministerio de Educación se planteó esta propuesta, muchos dudaron que el programa "Nuestras propias historias" pudiera dar resultados cuantitativos altos. En un principio tal vez se lo veía como un proyecto un poco soñador, que pretendía convocar a un gran desafío a la comunidad educativa del país. Por ahí incluso escuché decir: "pero si la gente ni siquiera lee, va a ser muy difícil que se ponga a escribir".

Sin embargo, no ocurrió así. Esta propuesta ha revelado algo que va más allá de la estadística o del cuadro de alcance de metas cuantitativas. Esto es un resultado concreto en términos educativos y culturales. Al interior de la comunidad educativa, la cifra final de 3 729 participantes —entre estudiantes, docentes, personal administrativo, madres, padres, abuelas y abuelos de todo el Ecuador, en unas provincias más que en otras— nos reveló que las personas tienen interés por narrar lo que les ha sucedido, lo que han escuchado o lo que han inventado también. De este gran total, para la publicación se seleccionaron más de ochocientas narraciones que tratan una gran variedad de temas: artes, oficios, profesiones y pasatiempos; leyendas y tradiciones; realismo social; relatos de amor, de terror o fantásticos; o historias de la comunidad, la familia o la escuela.

Este programa de escritura y lectura —originado en el sistema educativo y que tuvo el total apoyo e impulso del ministro de Educación Fander Falconí, durante su gestión— aportará al reconocimiento de la historia, la cultura y la identidad de nuestros pueblos, y será una fuente de investigación importante para estudios académicos (antropológicos y sociológicos) sobre la cultura e historia local y regional, de la población urbana y rural de todo el país.

La amplia gama de narraciones publicadas en los libros que conforman esta colección representa el primer fondo editorial construido en el Ecuador por los propios miembros de la comunidad educativa, que se convierten en creadores, investigadores y difusores de la cultura local y regional. Cada historia aparece con la información de cada autor, lo cual afirma el reconocimiento concreto de su aporte personal a este programa educativo de escritura, lectura e investigación.

Esta gran colección de narraciones se encuentra distribuida en todo el sistema de bibliotecas educativas y comunitarias a nivel nacional. Su entrega a los centros educativos estuvo acompañada de una guía pedagógica que orienta, dentro del aula, el uso metodológico de estos libros, ahora considerados una fuente importante de lectura e investigación del país diverso que tenemos. Esta diversidad está presente en cada una de "Nuestras propias historias".

LUIS ZÚÑIGA
Escritor y creador del Programa "Nuestras propias historias".

Índice

JOSE MANUEL SAGÑAY
nació en Pulucate, Chimborazo, en 1989. Trabaja en la Unidad Educativa Guazan Santa Clarita. Su actividad favorita es el deporte.

Historia de Pulucate

En la comunidad, antiguamente nuestros abuelos vivían en una economía muy baja. Ellos no podían salir a la ciudad porque no había en qué transportarse. Por eso, ellos viajaban de la comunidad a Riobamba en los burros, con productos como cebada, trigo, quinua, etc. Ese viaje duraba dos días para llegar y dos para regresar. Muchas personas, al volver, se quedaban cerca de Punín, sector Náutig, donde vendían trago hecho de cebada; todas las cargas que vendían en Riobamba las perdían en trago. Ellos regresaban a la casa en una semana; por su culpa nuestras abuelas vivían en la pobreza.



En ese tiempo no había energía eléctrica ni transporte. Por la pobreza ellos no tenían casa. Por eso, para poder sobrevivir, buscaron una estrategia: hacer las casas con quito grama, que en kichwa se llama *pulu*. Así toda la comunidad tuvo su casa hecha de este material. Los vecinos de otras comunidades ya sabían que la comunidad se llamaba Pulu; después de años se complementó como Pulucate. Hasta hoy se mantiene el mismo nombre que le dieron nuestros antepasados.

VÍCTOR PAÑA
nació en Atillo, Chimborazo, en 1966. Trabaja en la Unidad Educativa Carlos Cisneros. Su actividad favorita es leer.

Atillo

Me siento afortunado porque Atillo fue el lugar de mi nacimiento. Es una comunidad suspendida en las alturas de las montañas andinas. Allí, en la frontera entre las provincias de Chimborazo y Morona Santiago, a 3 500 m. s. n. m., han sucedido y suceden los más extraños misterios, que conjugan la pasión, el dolor y el amor por el paisaje y por la historia de este pueblo.

Solemnes y bravías se mantienen las milenarias lagunas de impresionantes leyendas y mitos. Si hacemos un poco de silencio, se escucha cómo, con melodías de páramo, desde las



alturas, bajan ríos y riachuelos que me recuerdan las voces de mis antepasados. Ellos entonaron cantos de amor dedicados a la mujer, las montañas, el cóndor y el Dios de las alturas, luego de la caza de las tarugas de cuernos numerosos y afilados.

Tendido sobre la yerba, a orillas del río Atillo, de aguas diáfanas, he pretendido atar la historia de mi pueblo, he ambicionado escuchar las voces de mis aventureros y guerreros abuelos. He sentido bullir en mi pecho la grandeza de mi estirpe, mil veces indomable, he alzado mis ojos inundados de llanto y he mirado que abajo, en la orilla del río, están los huesos de mis antepasados rubricando el pretérito de valor y honor que me legaron.

El lugar de mi origen se encuentra a más de setenta kilómetros de la cabecera provincial: Riobamba, y pertenece a la parroquia Cebadas y al cantón Guamote. Tierra de paisajes incomparables y postales naturales. Ahí nací, en una choza de techo de paja y

piso de tierra, sin agua potable y sin luz eléctrica, auxiliado por un mechero de kerosene para la lumbre.

El poncho de varios colores —en especial el rojo—, el zamarro de cuero de borrego, el sombrero con fiador y el acial con fuete de piel de toro bravo son la indumentaria del hombre que, con optimistas y nostálgicos silbos, desafía las laderas de peligrosos chaquiñanes señalados por generaciones anteriores —ansiosas por explorar todo cuanto ofrecía el misterio de la creación—. La mujer, con coloridas bayetas tejidas con primor y con un sombrero engalanado con plumas de aves silvestres, completa este cuadro meritorio del pincel del más inspirado pintor de la vida sencilla. Y hay más todavía: también están los caballos de miradas activas y profundas, de reluciente pelaje, con crines delicadamente tratadas y monturas confeccionadas por talabarteros de elevados gustos. Sobre estos corceles, hombres y mujeres todavía desafían enormes distancias para arrear al ganado bravo que pace por los cerros, o simplemente para disfrutar de la belleza inconmensurable.

Este maravilloso paisaje, por donde en la actualidad atraviesa una carretera asfaltada que se dirige a la Amazonía, ha sido testigo de crónicas, mitos y leyendas. En tiempos inmemoriales hubo un estrecho camino que comunicaba comunidades de la Costa y de la Sierra con aquellas que habitaban la selva. Hombres y mujeres se internaban por la laguna Negra, en diferentes tiempos, con el propósito de explorar y conseguir especias, metales y alimentos para el sustento; quién sabe si también en busca de amor. Igualmente, de la intrincada selva, tras varios días de caminata, forrados sus pies con cueros de animales salvajes llamados *chaquicaras*, salían al frío páramo de las riberas del río Upano; con camote, ishpingo, yuca y barbasco, realizaban el trueque de productos, especialmente de la sal que venía de la Costa o de algunas cercanas salinas serranas.

Con el paso de los siglos, los españoles exploraron la selva con su ambición de fortuna y fundaron con nombres castellanos algunos lugares de esta ruta. Así también llegó la opresión, propia de la conquista y la colonización. La producción de tabaco, cascarilla y oro salía hacia Lima y Europa por Atillo, en las espaldas de bronce indígena, desafiando ríos caudalosos y temibles precipicios, para agrandar la fortuna de la Corona y los bolsillos de ambiciosos y enfermizos explotadores que hirieron las venas abiertas de mi pueblo.

Atillo se ha formado, en parte, con gente puruhá, que buscó libertad en las alturas, y por migraciones de culturas serranas y costeñas; luego, por obreros de las compañías cascarilleras, especialmente del norte de nuestro país y también por gente selvática de Suña y Payra, que en un pacto de amor y compromiso se enamoró del viento de los cerros y la música de yaravíes, rondadores y bocinas.

A varios kilómetros de distancia de Atillo, con dirección a Macas, yace un pueblo olvidado: Suña. Pueblo próspero antes de la conquista española y después de ella, era el punto de encuentro de muchas culturas milenarias, un espacio para el coloquio, los negocios, el amor, y más tarde para la religión. Por tal motivo, el 30 de diciembre de 1729, el común gobernador, caciques e indios del pueblo de Suña donaron tierras a la Cofradía del Santísimo Sacramento del Altar. Dentro de esta cofradía se incluía Atillo.

En la época republicana, con la Revolución Liberal, las tierras de la curia se revirtieron al Estado y se arrendaron a sanguinarios terratenientes. Pero mis abuelos lucharon, por espacio de treinta años, para recuperar aquellos terrenos que les habían sido arrebatados. Acudieron a la Presidencia de la República y a la Asamblea Nacional para reclamar la devolución de las tierras que legítimamente les pertenecían y también para solicitar la

expulsión de los intrusos arrendatarios. Mis antepasados, a través de varias generaciones, caminaron a pie a Quito para pelear por su pueblo, sufrieron de cansancio y dolor, pero no se doblegaron jamás. Varios de ellos sabían leer y escribir, habían aprendido en Chambo y en un pueblo de la selva llamado Chanalá. Así forjaron el carácter del atillano.

Su persistencia dio frutos el 5 de octubre de 1933, cuando, durante la presidencia del Ing. Juan de Dios Martínez Mera y siendo presidente del Congreso José V. Trujillo, se hizo justicia: se devolvió la tierra atillana a sus legítimos propietarios por historia y tradición.

Mis padres, Alberto y Delia, rompieron con el pasado en la década de los setenta, con su amor y su dolor nos trasladaron a Riobamba. Estaban determinados a que sus hijos estudiáramos, optaron por el camino de los libros; su visión, desde lo más profundo de su estirpe, les dio esta certeza. Me acuerdo que dejé mi paisaje, mi patria, una madrugada de septiembre de 1977, a los once años de edad. En aquella época se llegaba a la capital de mi provincia en dos días. A caballo y en compañía de mi padre me alejé del hogar paterno, mientras mi madre y mis hermanos lloraban desconsoladamente; yo había llorado desde días anteriores y esa madrugada también. Mi padre pronunció palabras enérgicas para infundirme valor: él quería romper con la falta de oportunidades del pasado; y yo llegaría así a la ciudad, con mis recuerdos, mis ilusiones y la firme decisión de triunfar. Cabalgando sobre resistentes y ágiles caballos, llegamos en ocho horas a la cabecera parroquial: Cebadas. Al siguiente día avanzábamos en buses destartalados hacia Riobamba, a un cuartito arrendado en el inolvidable barrio Loma de Quito. Vivíamos en un espacio limitado pero que nos servía para cocinar, dormir y estudiar; por la noche teníamos solo tres horas de luz eléctrica. Los primeros años

estudié en mi inolvidable escuela Caspicara, fundada legalmente en 1938, pero existente desde varios años atrás. Mis padres apostaron su pequeña fortuna por el estudio de sus hijos, lloraron la ausencia igual que nosotros, pero abrieron páginas hermosas en la historia de nuestras vidas. En varias ocasiones y por diferentes rutas retornamos a la chocita de paja y piso de tierra que albergó nuestros sueños infantiles. Recuerdo que mi primera salida duró muchos meses, al año volví a mirar el rostro de mi santa madre. Mi padre nos visitaba cada mes aproximadamente, para dejarnos alimentos y un poco de dinero, él necesitaba cuatro días, entre ida y vuelta, entre Atillo y Riobamba.

La Escuela Cinco de Junio, el Colegio Maldonado, el Instituto Normal Jaime Roldós, la Universidad Central y la Complutense de Madrid me abrieron las puertas. Me formé para la docencia y no me arrepiento; imbuido por los consejos de mis padres y las sabias orientaciones de un gran maestro: Pedro Vicente Altamirano, he forjado mi carrera en escuelas rurales, unidocentes y pluridocentes, hasta llegar al Carlos Cisneros, en la capital. Allá lejos, en el mundo rural, icé la bandera patria y, con mis hermanos de los cerros, canté con fervor las inmortales notas de nuestro himno patrio.

Hoy, que ha pasado la tormenta, a veces sueño con el llanto de mi madre allá en la montaña; con las corridas de toros bravos; con la pesca infantil a orillas de las lagunas Negra, Atillo y Tinguicocha; con el ladrido de los perros durante la caza de venados; con los cuvivíes que dejaban su vida como tributo a su aventurera y osada vida en la laguna Cúyuc, en el bravo invierno de julio, agosto y septiembre. Me despierto y tomo un libro de Neruda.




WILINTON ANDRÉ LÓPEZ
estudia en primer año de Bachillerato de la Unidad Educativa Federico González Suárez.

Sevilla

Hace 102 años, el caserío San Pablo fue declarado parroquia, pues los pobladores se habían cansado de ser una comunidad de la parroquia Gonzol. Por ello, la noche oscura y fría del 15 de agosto de 1915, los exmilitares del poderoso ejército de Eloy Alfaro gritaron, con voz fuerte y eufórica, "¡Independencia!", y entonces se proclamó la independencia de la gran parroquia Sevilla.

Ya creada y proclamada, hubo que elegir a las primeras autoridades. Para el cargo de teniente político se delegó a la persona más honrada y justa del lugar, llamada Bruno Álvarez.



Ahí empezó la vida del pueblo. Se decía, en esos años, que Sevilla era un paraíso entre las montañas, donde la luna era más clara y guiaba a los muchachos que eran enviados a cuidar la parva, quienes, entre risas e historias, se pasaban la noche hablando de sus amoríos y sus anécdotas.

"Esas noches eran inolvidables", decía mi tío Willington, "de esas que no se olvidarán nunca en la vida: no se necesitaba un gran colchón, almohadas ni cobijas, solo con un saquillo se podía dormir tranquilamente". Bueno, aunque también decía que los ladrones se lo podían llevar todo, incluso la parva. La gente vivía tranquila, ya que todos se cuidaban entre todos, hasta las madres permitían los serenos a sus hijas.

Sevilla se caracteriza por ser una tierra de artistas y compositores. El pueblo siempre se ha movido por la música de las guitarras y las excelentes voces de los Molina y Huilca,

familias donde no existía ni uno que no supiera una canción. También eran protagonistas los guitarristas Muñoz, Mora y Erazo. Las madrugadas sevillanas eran bellas gracias a los hermosos serenos.

La gente descansaba de noche para, muy temprano en la mañana, salir a sembrar o cosechar, dependiendo de la época. No importaba la paga: todos trabajaban para todos, nadie era empleado; si un día se trabajó con fulano, le debían recompensar otro día trabajando con él.

En las noches de agosto, el viento azotaba las puertas de las casas, los guambras jugueteaban con la luz de la luna, los mayores jugaban a la baraja en las cantinas, mientras contaban sus mejores anécdotas, y ¡cómo se reían! Aquellas eran noches muy alegres.

Se organizaron equipos para los distintos deportes que se practicaban en Sevilla: en el vóley no había quién le ganase al Wicho (Wilfrido) y a Bruno Álvarez, ellos, con una mano amarrada en la espalda y con un ojo parchado, les ganaban a todos. En las bolas de fierro no existía precisión más exacta que la de Víctor Pesantes. En el *indoor*, Alfonso López era uno de los mejores: no había partido en el que no hiciera menos de tres goles junto con su equipo inseparable, que eran El Loco (Genaro Tello) y Gustavo Chafla.




FANY RUBÍ VELASCO
vive en Santa Martha de Cuba, Carchi. Está vinculada con la Unidad Educativa del Milenio Carlos Romo Dávila.

Historia de Santa Martha de Cuba

La historia que voy a contar es la de la comunidad en la que yo vivo, tal como me la contó mi padre, quien, cuando era joven, fue un líder comunitario y, por algún tiempo, estuvo al frente de este pueblito conocido hoy como Santa Martha de Cuba.

En aquellos días existía un señor llamado Federico Guerrón, que era comandante del Ejército que, decía mi padre, tenía más

de mil hectáreas de terreno, los cuales hoy conforman la actual parroquia Santa Martha de Cuba. Antes tenía diferentes nombres: Cuatis, La Playa, El Chicho, Llano Grande, Santo Tomás, El Baño, San Luis y La Convalecencia.

Como todo hacendado, el señor comandante Federico Guerrón tenía varios empleados, mayordomos, peones, que en su mayoría era gente muy pobre. Cuenta la señora Célida Yépez, hija del señor Heliberto Yépez, quien era una de las empleadas de la hacienda del señor comandante, que un día le había dicho que se organizaran para formar una cooperativa y así dejar la hacienda a sus trabajadores. Ella, tan pronto llegó a casa, le contó a su padre lo que manifestó su patrón. Él hizo lo que le habían dicho e invitó a muchos a formar parte de la cooperativa, a la cual se denominó La Calera como dijeron el señor Victoriano Meneses de Monte Olivo y otros. La precooperativa llegó a tener setenta y tres socios. Esto sucedió por el año 1969.

Luego de varias reuniones se decidió invitar al señor Galo Sierra, funcionario del Ierac (Instituto Ecuatoriano de Reforma Agraria y Colonización). El 21 de marzo de 1969 llegó una delegación de esta entidad desde Quito, para realizar una inspección y levantar el área de la hacienda; todos los socios hombres y mujeres acompañaron en aquel recorrido portando hachas y machetes. A las tres de la tarde, aproximadamente, se reunieron todos los socios: a la cabeza iban los señores Galo Sierra, Jaime Vivas, Carlos Olmedo Yépez, el profesor Luis Osejo con el ingeniero Navas y otros funcionarios del Ierac, quienes expresaron agradecimiento al doctor José María Velasco Ibarra porque él había creado las leyes de reforma agraria y de colonización, y por eso podían quedarse allí y tomar posesión; de lo contrario, se podía posesionar otra organización llamada cooperativa Kennedy de Huaca, que también había estado interesada. Es así que aquellos hombres y



mujeres decidieron quedarse, desde esa misma noche, aún sin luz, sin agua, ni alimentos.

Trascurridos dos días, se acercó hasta allí el ahora finado comandante Federico Guerrón para preguntar quiénes eran los que se posesionaron de las tierras de su propiedad. Él no dispuso ningún trámite en contra de estas personas invasoras, sin embargo, los que pusieron trabas en contra de la cooperativa fueron los herederos. En 1970 se obtuvo la adjudicación de estos terrenos a la cooperativa La Calera: de ese modo se pudieron celebrar las escrituras al adjudicarse 618 hectáreas y cincuenta hectáreas más de una parte de Llano Grande.

Para conseguir el éxito tuvo mucho que ver la creación de una escuelita, a cargo del profesor Osejo, quien, junto a sus cincuenta alumnos, cantaron el himno nacional cuando llegaron las autoridades. Por este motivo se ganaron los juicios, ya que en ese

entonces quienes habían estado al frente de esta posesión tenían orden de captura. También llevaron hasta el sitio la imagen de la Virgencita de Huaca La Punta, a quien se le atribuye el milagro de haber facilitado las cosas y ganar los juicios. Por otro lado, había quienes estaban en contra de estas leyes y que habían manifestado que solo en Cuba existían esas leyes, por eso es que los habitantes de Huaca llamaron a nuestros fundadores con el sobrenombre de cubanos.

Ahí fue cuando empezaron a trabajar para sacar adelante a este pueblo. Cuando mi padre Abdón Velasco llegó a ser presidente del comité de padres de familia, junto con los demás miembros, continuó gestionando en el consejo provincial para que se sentara la base de una nueva escuela. Posteriormente mi padre, un líder comunitario, llegó a ser presidente del agua potable en 1977; en la inauguración se contó con la presencia del señor ministro Asdrúbal de la Torre. Pero aún no culminaba su trabajo, todavía faltaba algo importante: la casa comunal, donde se harían reuniones con el pueblo, la construyeron gracias a la ayuda del señor doctor Lucero.

Luego de estos logros se trajo nuevamente a funcionarios del Ierac para repartir el centro poblado, el cual constaba de cuarenta hectáreas de terreno, de las que salieron 120 planos, con el parque, el centro cívico, la granja escolar y el lugar para la escuela, pero les hacía falta el lugar donde iba a ser construida la iglesia, uno de los anhelos de este pueblo naciente para agradecer a Dios por las bendiciones recibidas. Ante esto mi padre, vuelvo a recalcar que fue un líder comunitario, fue también el presidente del comité proiglesia; conjuntamente con otros compañeros consiguieron inaugurar, casi en el mismo año de 1977, la iglesia con la llegada del señor obispo y la presencia de la señora Romelia Ruano y el señor Luis Clemente de la Vega, quienes habían ayudado a su construcción.

Las necesidades continuaban y el trabajo seguía. Hacían falta la luz eléctrica y el alcantarillado para nuestro pueblo; también, como era de suponerse, un colegio para nuestros jóvenes. Mi padre seguía ayudando para que estas metas se dieran. Fue presidente del comité pro ciclo básico del colegio: para crearlo, se siguieron los trámites pertinentes. Gracias al doctor Lucero, quien les había ayudado mucho, y al presidente de la República de ese entonces, el señor Oswaldo Hurtado, lograron inaugurar el colegio y también el empedrado. Cuenta mi padre que a esa inauguración llegó el señor presidente.

En 1980, mi padre Abdón Velasco fue el presidente de la cooperativa La Calera; fue a él precisamente a quien le tocó levantar los planos de los terrenos para hacer los repartos. Ya por el año de 1988 le habían entregado los títulos de propiedad: fueron ocho años de arduo trabajo para levantar las mediciones para estos trámites legales. Me contó mi padre que el señor Galo Sierra repartió los terrenos mediante un método ahora inusual, con la ayuda de un perol de agua y una brújula.

Luego de estos trámites, también se tuvieron que levantar planos, con ingenieros, para hacer los títulos de propiedad y así entregar escrituras a todos y cada uno de los 120 socios, aunque se hizo con medieros porque los socios no alcanzaban a pagar los 5 000 sucres que les costaba el terreno, entonces daban a medias. El problema era que la escritura salía a nombre del socio, pero luego se solucionó este inconveniente y es así que casi llegaron a cumplirse los trabajos de la cooperativa La Calera. Además del largo camino hasta que se aprueben los planos, les tocó gestionar con el Banco Nacional de Fomento y con la Cooperativa Nacional del Ecuador: así lograron deshipotecar estas tierras; es así que gracias a Dios se culminaron estos trabajos.

Algunos compañeros de mi padre que ayudaron en este recorrido fueron el señor Agustín Salazar, ya fallecido, que fue

gerente de la cooperativa La Calera, bajo la presidencia de Abdón Velasco, mi padre; el señor Emilio Cerón fue secretario; como vocales los señores José Fuertes, Carlos Velasco, Jaime Vivas, Nabor Cuasapaz y la señora Carmela Yandún. Ellos fueron quienes integraron el consejo de administración, siempre han sido amigos unidos y que se comprendieron hasta el final de ese trámite.

En asamblea general se buscó un nombre apropiado para el pueblo. El señor Galo Sierra, quien fue director, gerente y presidente, sugirió el nombre de Santa Martha en honor a la esposa del comandante Federico Guerrón. La asamblea aceptó; también se aceptó Cuba, pues era el sobrenombre que se nos dio en ese entonces.

También cuenta mi padre que en aquellos días en que viajaban a Quito, regresaban ya casi a medianoche, caminaban desde abajo hasta sus casas. Una noche se encontraron con una señora que cavaba un hueco con un azadón. Ellos, a pesar de su curiosidad, no se quedaron a ayudarla. Al siguiente día se acercaron nuevamente a aquel lugar y vieron que no había ni un solo rastro de que alguien hubiera estado cavando allí.

Y es así cómo me relató mi padre la creación de lo que hoy conocemos como la parroquia Santa Martha de Cuba.




ALEJANDRA NOEMÍ ORTIZ
nació en Ibarra, Imbabura, en 2003. Estudia en primer año de Bachillerato de la Unidad Educativa Buenos Aires. Su actividad favorita es estudiar.

La Merced de Buenos Aires

Tus montañas son fieles testigos del esfuerzo que hicieron tus hombres, y ya están en la historia sus nombres, por fundarte y hacerte vivir.

Los primeros hombres y mujeres que llegaron a estas montañas contaron que, para dejar de ser esclavos de la hacienda de Guañibuela de Cahuasquí, tuvieron que independizarse, ya que los torturaban con mucho trabajo, especialmente los sábados y domingos.

Un día, trabajando en un sitio llamado Los potrerillos, el señor Segundo Gallegos reunió a sus compañeros y les dijo:

—Díganme, amigos, ¿por qué es que sufrimos tanto aquí? Vámonos a otra parte y dejemos de ser esclavos de estos capataces.

A lo que el señor Segundo Ramos contestó:

—Pero, compañeros, ¿adónde podemos irnos?

—A las montañas de Lita, donde podremos trabajar y vivir tranquilamente.

Con esta idea, ocho personas emprendieron un viaje a las montañas de Lita el 18 de marzo de 1928. Ellos eran: Segundo Gallegos, Segundo Ramos, Emilio Pantoja, Honorio Chorlango, Lorenzo Tutillo, Manuel Chávez, Adán Jurado y Leonidas Ramos.

Cargaron sus alimentos a las espaldas y así llegaron a los páramos de Quillopamba, desde donde observaron la montaña. Luego alcanzaron Quingolargo y allí durmieron bajo un árbol. Al día siguiente continuaron el viaje hasta llegar a lo que hoy se llama La Floresta, donde durmieron bajo otro árbol. Al tercer día realizaron los primeros trabajos y al cuarto día regresaron a la hacienda Guañibuela, donde fueron recibidos por sus familiares y amigos.

A los quince días realizaron el segundo viaje, al que se sumaron más personas: Juan Navarrete, Juan de la Cruz, Manuel Gómez y su esposa Pastora Parpuesan, Zoila Navarrete (la esposa de Honorio Chorlango) y su hijo Alfonso Chorlango. Ellos llegaron en un solo día a La Floresta, realizaron más trabajos, con el deseo de sembrar, y regresaron a la hacienda Guañibuela, llevando unas palmas de ramos para bendecir en Semana Santa.

En el tercer viaje encontraron una leyenda que decía: "Viva la colonia de Puyaburo, compuesta por 60 hombres". Y al cuarto viaje vinieron los hermanos Rafael y Antonio Gómez, quienes pasaron al otro lado del río Rumichaca, donde sembraron maíz, fréjol de



árbol, zanahoria, camote, zambos y zapallos, que en esos tiempos maduraban en abundancia.

Un día se reunieron todos con la finalidad de organizarse y construir un pueblo. Formaron un cabildo, del que nombraron presidente a Segundo Ramos, y resolvieron trazar las calles. Los tres jóvenes de trece años Juan López, Juan Navarrete y Luis Torres arrinconaron ramas y troncos y dibujaron una cancha de pelota de tabla para jugar los domingos.

Finalmente, en el juzgado segundo cantonal de Ibarra se dio cumplimiento al decreto del señor ministro de Gobierno y quedó sentada el acta de fundación, en Ibarra, el 24 de junio de 1941. Las primeras autoridades del poblado fueron el señor Ruben Yépez —teniente político— y el señor Arsenio Salazar —secretario—.

El 10 de agosto de 1959, el obispo de Ibarra, Mons. Silvio Luis Haro, expidió un decreto que declara al lugar como Parroquia Eclesiástica de la Diócesis La Merced de Buenos Aires.




MAYRA SILVANA OLVERA
nació en el recinto El Caimito, Guayas, en 1984. Actualmente se dedica a los quehaceres domésticos. Su hijo Alan Soriano estudia en la Unidad Educativa Roberto Rodríguez Bodero.

Los inicios de mi recinto El Caimito

El recinto se creó con pocas familias, que eran dos: Salazar Martínez y Soriano Morán. El lugar era algo montañoso, no había caminos ni medios de transporte, tampoco existían servicios básicos. En la noche se alumbraba con vela o candiles, el agua se obtenía de pozos que se hacían con perforación de huecos. Era todo muy bonito porque no había mucha contaminación, todo era natural, las frutas y demás alimentos se cultivaban sin químicos,



los animales se criaban por montones con comida sana, y a la vez, estos servían de alimento para las familias. Las casas eran construidas con panca de arroz, los techos eran de hojas bijao. El producto de mayor producción y que luego se comercializó era el arroz; el proceso de cultivo y cosecha era todo manual: lo sembraban, lo sacaban cuando ya era tiempo, lo pilaban a mano y lo golpeaban con un mazo.

Con el paso de los años, las familias fueron aumentando. Por ser un lugar donde existían muchas plantas de caimito, se nombró así al recinto, el mismo que pertenece al cantón Yaguachi de la provincia del Guayas. En esos tiempos, cuando recién se iba formando el caserío, el medio de transporte era el caballo; las familias cocinan en fogones de leña que ellas mismas fabricaban; luego se dedicaron a la ganadería: mataban vacas que, una parte, utilizaban para su consumo y la otra para la venta; también las ordeñaban dos veces al día y hacían quesos.

Fue pasando el tiempo y las montañas desaparecieron; los animales salvajes, como el tigrillo, la guanta, etc., fueron desapareciendo; el caserío fue haciéndose más grande y se constituyó como recinto con el nombre de El Caimito. Con más habitantes se fueron gestionando obras, entre ellas el alumbrado eléctrico. Las costumbres también fueron cambiando. Con la electricidad las personas compraron radios, televisores, herramientas para el cultivo y el ruido que estas proporcionaron también alejaron a especies de animales, como los patos silvestres, entre otros.

Durante todo este tiempo en El Caimito existieron leyendas e incluso personas que afirmaron haber sido testigos de apariciones de seres sobrenaturales, como el tradicional perro sin cabeza con collar, que nuestros abuelos decían que aparecía y perseguía a las personas que llegaban tarde por la noche y que también se les presentaba a aquellos que se comportaban mal. Otro ser sobrenatural es un caballo del que solo se siente su paso escandaloso y relinchos, pero cuando se sale a ver, no hay nadie. Ante estas apariciones, como una muestra del apego a Dios, para que los libre del mal y de los seres malignos, el poblado construyó una iglesia católica, donde los feligreses asisten a misa, bautizan a sus hijos, hacen la comunión y confirmación.

En la actualidad el recinto se encuentra mucho más poblado, ya existe una carretera de piedra para acceder en carros, bicicletas o motos. Algunas costumbres han cambiado, en especial las de los cultivos por cuestiones del terreno: ahora se utilizan químicos para cuidar del cultivo. Asimismo, ya casi ninguna de las labores de la cosecha de arroz se hace a mano, pues ahora utilizan maquinarias modernas.

El recinto es una gran familia donde todos se llevan muy bien. El 9 de octubre se elige a la reina de El Caimito y se hacen las fiestas de fundación: se hacen ollas encantadas, palo encebado,

cuadrangulares de *indoor* futbol. Todo es muy bonito porque las familias se reúnen y se sale de la rutina diaria.

Para finalizar podría decirse que El Caimito es un lugar muy acogedor: sus familias son alegres, trabajadoras, emprendedoras; algunos han dejado el recinto para convertirse en ingenieros, licenciados y, en especial, buenas personas. Tenemos una capilla católica muy bonita, una escuelita. Se trata de no perder la esencia y las costumbres de nuestros antepasados, que ya no están con nosotros pero siempre se los recuerda.

Esta es la historia de mi bello recinto El Caimito. Me siento muy orgullosa de ser de este lugar y de contarles sus orígenes y costumbres ancestrales.

MARTHA CHUCHO
trabaja en la Unidad Educativa Oswaldo Guayasamín.

Historia de mi comunidad

Hace muchos años vivían unos mestizos hacendados en la comunidad, mientras que la pobre gente indígena vivía como sirvientes o empleados de ellos. Existía una persona llamada Kipu, que era como el jefe del trabajo y tenía el poder para castigar a la pobre gente: maltrataban con castigo e insultos, diciendo que no trabajaban bien; la pobre gente tenía que pedir disculpas arrodillándose, poniendo las dos manos.



Para los trabajos diarios, las personas tenían que pasar por las casas de los amos saludando, pidiendo la bendición, luego cruzaban un río grande y tomaban rumbo al trabajo agrícola. De igual forma, las tardes regresaban a las casas de los amos a saludar y pedir la bendición, ellos a veces los recibían con buen trato, a veces les maltrataban con insultos, les hacían humillar y despechar. Pero como no tenían otra forma de trabajo diario para subsistir, tenían que soportarlo.

Cuentan que un día de finados, a mediodía empezó a llover fuertemente. Bajó la creciente y aumentó el río. La gente trató de cruzar el río. Una señora no logró cruzar y se la llevó la creciente; más abajo encontraron su cuerpo, toda desnuda, tras de una chilca.

Por este acontecimiento decidieron hacer un puente. Todas las personas empezaron a trabajar y lo construyeron: así pudieron cruzar el río. Desde ese momento llamaron a ese lugar Chacapampa, que hoy es un caserío, una zona poblada con todos los servicios básicos.

WILSON RODRIGO GONZÁLEZ nació en Zaruma, El Oro, en 1970. Actualmente es agricultor. Su hija Adriana Marissela González estudia en la Escuela Alto Cenepa.

Así es como construimos nuestro pueblo

Mis padres migraron desde la provincia de El Oro hasta Santo Domingo de los Colorados. En aquel tiempo se viajaba en barco desde Puerto Bolívar hacia Guayaquil, pues no existía carretera. Recuerdo que mi padre fue contratado para cuidar



ganado en una hacienda en Santo Domingo. Con el pasar del tiempo, él cogió unas tierras en la zona del Malaute, hoy en día denominada La Orense.

Nos trasladamos a vivir ahí desde pequeños. Estudié en la Escuela Ciudad de Zaruma hasta el cuarto grado y terminé la primaria en la Escuela Nueva Delhi, en San Miguel de los Bancos. La distancia y la difícil situación económica impidieron que siguiera estudiando.

Allá, por el año 1978, mi padre conversó con un amigo: le contó que por el lado del río Guayllabamba existían tierras baldías. Nos organizamos con unos conocidos para emprender la caminata de tres días y así verificar lo que nos había dicho. Allí decidimos posesionarnos de las tierras y trabajar en el lugar. Al principio teníamos que cruzar el río nadando y luego con boyas. Era muy peligroso y arriesgado, por eso compraron un cable grueso de cien metros para templarlo como tarabita y pasar colgados con una polea.

En aquel tiempo yo tenía diecinueve años y muchas ganas de conocer nuevos destinos, así que inspeccioné el lado del Naranjal y como no encontré huellas de colonizadores, me instalé a trabajar, viviendo de la caza y la pesca, que eran abundantes. Después nos enteramos de un paso más angosto y un camino más corto que atravesamos con cañas guadúas; a un lado se hizo una escalera para trepar la peña.

Por la necesidad urgente de un puente colgante se iniciaron las gestiones en el municipio de Cotacachi, con el licenciado Alberto Anrrango, que en ese entonces era concejal. Vinieron a hacer una inspección y así buscar la manera de apoyar al sector. Con el cemento, el hierro y los cien metros de cable de acero, por medio de mingas, iniciamos la construcción. Llovió demasiado, el río subió sus aguas y se llevó el puente. Buscamos un lugar más alto y lo construimos nuevamente.

Con el paso del tiempo vinieron a vivir, en la zona, más familias con hijos en edad escolar, entre ellos los señores Segundo Pineda y Manuel Zenteno, quienes decidieron donar de sus tierras dos hectáreas cada uno, para que se construyeran la escuela y el centro poblado. Así, en 1988, se construyó la primera aula, hecha de vísola, pambil y techo de paja. Más tarde se hizo el techo de zinc y madera aserrada. Todo se realizó por medio de mingas en las que trabajaban todos los moradores. En ese tiempo fue dirigente el señor Jaime Galarza. Con el apoyo de todos se logró que la escuela fuera fiscal y la nombraron Alto Cenepa.

Al sector del Cisne llegó la empresa maderera, Endesa, que nos propuso construir la vía a cambio de la madera. Nos pusimos de acuerdo y así se construyeron la vía y el puente que hasta hoy utilizamos.

Un día, el señor José nos conversó que unas personas con perros habían seguido las huellas de un tigre, que al llegar a la parte más

angosta del río cruzó a este lado. Desde entonces se nombró a la comunidad como El Salto del Tigre.

Después decidí formar mi hogar y tener hijos. Llegué a ser vicepresidente de la comunidad, y cuando se retiró Juan Montatixe, me encargó la presidencia. Así pude gestionar algunas obras, entre ellas la electrificación, la casa comunal, baterías sanitarias, sillas, el puente sobre el río Piedra Amarilla, una manguera para el agua, la escrituración de solares y el estudio para el proyecto de agua potable. Esto se ha podido conseguir con el apoyo de la gente de la comunidad y de mi familia.

La vía por la que transitamos fue construida hace veinticinco años, aproximadamente, por el Consejo Provincial de Imbabura, con nuestra ayuda y la de los moradores de la cooperativa Rumiñahui.

Actualmente tenemos problemas con el señor Alejandro Pólit, que quiere hacer una vía alterna, que es más larga para llegar a nuestras casas. Nos perjudica con esa decisión.

GERMÁN RETTO nació en Naranjal, Guayas, en 1931. Actualmente es agricultor. Sus nietos Germán Valle, David Valle, Ronald Valle, Keyli Retto, Talhía Retto, Pierinna Retto, Guisella Retto y Angelina Retto estudian en la Unidad Educativa Jaime Roldós Aguilera.

Vivencias en el recinto La Mina

Mi nombre es Germán Retto y voy a relatar aspectos de mi vida en mi comunidad, el recinto La Mina.

Fue más o menos por los años 1941, 1942. Yo trabajaba en una hacienda llamada Hada. Allí nos dijeron a un grupo de personas que podíamos venir a trabajar acá, puesto que las tierras eran el pago de nuestro trabajo, que con esas tierras quedaba cancelada



nuestra liquidación de la hacienda. Llegué a este sector donde lo único que había eran potreros y árboles de guachapelí, amarillo, jaboncillo, niguitos, caoba, entre otros.

Pero todo resultó ser una mentira: los terrenos tenían dueño, un señor de nombre Pedro Jol y su esposa María Luisa Roleri. Una vez instalados en las tierras nos quisieron desalojar con perros muy bravos y una gran caballería. Tuve que salir por la fuerza con mi familia.

Hice un chalé para así dar un techo a mi familia y pasar la noche. De ahí en adelante nos tocó luchar contra estos señores, hasta que por fin, después de un tiempo, se dieron por vencidos y nos dejaron quedarnos en nuestras tierras.

Empecé a limpiar el terreno, ya que, como mencioné, era un potrero. Solo limpié aproximadamente una extensión de cien metros cuadrados, más o menos, no había medida precisa, fue solo un cálculo. Seguí trabajando mi tierra de esa manera para

sostener a mi familia. Muchos decidieron abandonar el territorio debido a los múltiples conflictos, pero otros decidimos quedarnos y luchar por nuestras tierras hasta el final.

Para desplazarse del recinto La Mina al kilómetro 26 se hacía a pie o en caballo, y quien tenía un poco más de posibilidades económicas lo hacía en bicicleta. El viaje a pie duraba aproximadamente una hora de ida y otra de regreso.

Durante el fenómeno de El Niño en 1982, se afectó este sector en gran magnitud, tanto así que la mayor parte de las casas, que eran altas, tenían agua que casi tocaba el piso; nos movilizábamos en canoas; no se divisaba tierra por ningún lado; las personas vivían de lo que pudieron guardar; si alguien decidía pescar, lo hacía desde la puerta de su casa.

Pasado el año 1982, llegó a este sector una institución denominada Ierac, que nos ayudó a medir y a legalizar cada terreno, puesto que, hasta ese entonces, no teníamos límites entre vecinos, por ello estábamos preocupados, debido a que cada uno quería asegurar un futuro para sus descendientes.

Por mi parte, me dediqué a trabajar muy duro para sacar adelante a mi familia, así que sembré fréjol, sandía, melón, paciencia, maíz, maní, plátano. Cuando pasó el tiempo, pensé en sembrar algo que se produjera a largo plazo y me decidí por cacao, que hasta ahora es mi sustento.

A pesar de que mi esposa falleció, mis hijos hicieron su vida en los terrenos que conseguí con mucho esfuerzo y sacrificio; ahora me siento satisfecho de ver a mi nueva generación viviendo en las tierras.

En mi recinto, como en otros, existen muchas anécdotas que nos divierten o nos entristecen. Yo voy a contar la historia de Leandro Alvarado, que vivía en toda la entrada al sector, en el territorio donde ahora está localizada la escuela Jaime Roldós

Aguilera, al lado de la señora Lidia Acosta. Se decía que este señor hacía cosas ilícitas: junto con un grupo de personas conocidas como cuatreros, faenaban vacas y caballos para comercializar en el mercado y los restos de estos animales los enterraban debajo de la casa. Cuando llegó la señora Lidia, se encontró con huecos que tenían los restos de los animales, puesto que todo el sector era desolado porque estaba lleno de matorrales. Con el pasar del tiempo, este señor se fue y la casa quedó deshabitada.

Según cuentan las personas que pasaban cerca de la casa, se escuchaban ruidos estremecedores; asimismo, se divisaban sombras y muchas otras cosas raras, por eso quienes pasaban por allí lo hacían a toda prisa para evitar escuchar o ver algo que infundiera temor.

Mucho después todo fue cambiando. El 17 de diciembre de 1982 se fundó La Mina, debido a que en el sector existían entierros de los incas; por decisión de los que lucharon desde el inicio, hasta hoy se conserva el nombre. Cuando se corrió el rumor de que existían tesoros incas, muchos que abandonaron la lucha decidieron regresar, así podemos citar el caso del señor Pedro Catachín, quien fue mi vecino porque sus terrenos estaban junto a los míos: al morir dejó como heredero a su hijo Pedro López.

Según se comenta, en estos terrenos existe una loma donde se ve una luz muy fuerte; según las personas mayores, allí existe un entierro inca. Ya han intentado escarbar: se ve un cofre, y justo cuando están a punto de cogerlo, desaparece. También se comenta que durante las noches han visto un jinete que ronda el lugar.

Y así ha pasado mi vida: hoy, con más de ochenta años, sigo en mi comunidad donde han crecido mis hijos y sigo siendo parte de este hermoso lugar.




WENDY ESTRELLA TOMALÁ
nació en Engabao, Guayas, en 1989. Estudia en tercer año de Bachillerato de la Unidad Educativa Comunitaria Intercultural Bilingüe Cacique Tumbala. Su actividad favorita es leer.

Petróleo en la comuna Engabao

Cuentan los antepasados que hace muchos años, cuando en Engabao no existía nada más que unas cuantas casitas de caña que habían construido los primeros moradores que llegaron a los terrenos sólidos —donde había montañas, muchos montes y árboles—, casi todos los días, en la mañana, tarde y a la hora de la noche, se escuchaban los sonidos y el rugir de los animales



salvajes que rondaban cerca de donde vivían las personas. Aquellos ruidos provenían de los matorrales. Asustaban tanto que las personas temían por sus familias, sus pequeños hijitos; temían que los leones los atacaran y devoraran por la noche. Por ello decidieron cortar todos los montes y las malezas que encontraran para dejar destapados los terrenos y así poder ver dónde estaban los animales para matarlos o ahuyentarlos.

Trabajaron todos los días con tremendo solazo. Con mucha buena voluntad, poco a poco, fueron despejando los terrenos hasta que llegaron cerca de una hermosa laguna o ciénaga recién descubierta. Tal fue la curiosidad que se acercaron para ver y beber un poco de agua. Con el pasar del tiempo, las personas bajaron de las montañas e hicieron sus propias casas, unas tras otras, en el suelo plano, cerca de la laguna, que ahora quedaba prácticamente al lado del centro del pueblito. Entonces unos afuereños llegaron

de visita a Engabao y descubrieron que en el lago había mucho petróleo. Un hombre de ellos exclamó que había gran riqueza y fortuna en las tierras, pero los patriarcas, junto con los moradores, no permitieron que vinieran más afuereños a adueñarse de lo que nos pertenece por ser nativos. Decidieron no explotar sus terrenos, decidieron proteger a Engabao.

Después, el pueblo creció y los nuevos moradores también decidieron que el petróleo no fuera descubierto, que no fuera robado por los extranjeros que solo pensaban en sí mismos, en llenarse los bolsillos con dinero. Por ello planearon y decidieron que la única manera de protegerlo era construyendo una iglesia encima del lago. Los moradores comenzaron a trabajar, a tirar tierra y llenar el lago con piedras, con mucha paciencia, hasta que quedó completamente relleno y plano. Después empezaron a construir, poco a poco, la iglesia hasta que, con mucho esfuerzo y ganas, se terminó. Así se logró que el petróleo y las riquezas del pueblito Engabao quedaran ocultos, enterrados debajo de la iglesia, que existen hasta el día de hoy y están ubicados en el parque central de la comuna Engabao.

Las familias de Engabao fueron creciendo rápidamente: con el tiempo, los primeros descendientes de nuestras tierras murieron y dejaron a un lado los recuerdos. Para poder rescatar nuestro patrimonio es muy importante saber qué ha pasado con el petróleo, así como conocer los recuerdos, vivencias y costumbres de nuestros antepasados.




MAURA IDELMA RAMÍREZ
nació en La Maná, Cotopaxi, en 1981. Actualmente se dedica a los quehaceres domésticos. Su hijo Ginson Asitumbay estudia en la Unidad Educativa 3 de Febrero.

Añoranzas de mi tierra

En 1979, mi padre Flavio Serafín Ramírez Sánchez, con mi familia, llegó al recinto, en ese entonces, sin nombre, hoy se llama Los Laureles de la parroquia Moraspungo, cantón Pangua. Desde la parroquia La Maná (hoy cantón) se entraba en carro hasta el recinto San Pedro, de allí se avanzaba a pie cerca de cinco kilómetros, cruzando el río Calope por un puente colgante y el estero Siete Machos: lleva este nombre porque los inviernos eran



muy torrenciales y, cierto día, al cruzar el estero con los mulares, vino una fuerte creciente que se llevó siete machos bien cargados de provisiones.

Se llegaba a la casa por un caminito pequeño rodeado de inmensos laureles que entrelazaban sus copas, formando un túnel hermoso en el que daba gusto caminar por más cansancio que se llevaba, ya que lo fresco del ambiente fortalecía. Y qué decir del inmenso río Calope, que nos daba pescado gratis todas las tardes y nos asustaba en las noches de invierno. Cuando queríamos cambiar de sabor de la comida, no faltaba una guanta, guatusa, armadillo o un pícaro venado, brillando en el plato.

En 1980 se construyó la carretera, con la colaboración de las Fuerzas Especiales de Quevedo, pues algunos propietarios no querían dar paso. El mismo año se creó la escuela sin nombre por común acuerdo. Con los compradores de madera salimos

de comisión Flavio Ramírez, Antonio Jácome, Eliécer Núñez y Arnulfo Albán, adonde el señor licenciado Pepe Rivas y Eduardo Albarracín, a la Dirección de Educación de Cotopaxi, con la finalidad de solicitar la creación de la escuela, a la cual accedieron.

El primer profesor fue Camilo Torres, durante un año; luego vino el maestro Hugo Zumba, que trabajó dos años en un aula construida con madera; con la llegada del profesor Luis Herrera, en 1983, se comenzó, poco a poco, a construir el aula de bloque, con la ayuda de los madereros que nos lo donaron, además de cemento, hierro y el techo. Luego llegó la profesora Fabiola Murillo, que estuvo dos años.

Decían los maestros que debido a la distancia no se acostumbraban y se retiraban con el cambio, pero un bendito día, del 30 de mayo de 1989, llegó la señorita Lidia Susana Calero Pincha, quien educó a siete de mis diez hijos y, en la actualidad, a mis nietos. Gracias a su colaboración el recinto se adelantó, al igual que la institución.

Ay, aquellos tiempos, de los que solo quedan gratos recuerdos que permanecerán en mi memoria hasta el día que la Huesuda me lleve.

MARÍA ANTONIETA AYALA
nació en Otavalo, Imbabura, en 1978. Trabaja en la Escuela de Educación Básica Modesto A. Peñaherrera. Su actividad favorita es contar cuentos.

Recuerdos del Otavalo de mi vida

Cuenta la historia que hace mucho tiempo atrás, en la ciudad de Otavalo, específicamente en el populoso barrio El Empedrado, vivían familias que, hasta la actualidad, han dejado muchas generaciones. Este barrio es considerado el sector más antiguo del Valle de Amanecer, el cual posee una estructura colonial parecida a La Ronda de Quito, con un largo callejón de piedras, el cual dio el nombre a este lugar.



Desde niños crecimos en este sitio privilegiado, donde la confraternidad y el respeto eran la tónica de todos los días. “Buenos días, vecinos. Saluda durito”, decían los mayores para que te oigan. Este es uno de tantos gratos recuerdos de la niñez.

Había tantos lugares para divertirse: la bajada de piedra donde, al llegar la tarde, se frotaban velas en tablas de madera para deslizarse por la pendiente y ver quién ganaba, todos terminaban sucios y rotos, pero llenos de alegría; las orillas del río Taranas, que tenía una piedra grande a la que subíamos para jugar a cazar pájaros y tortolitas, con la catapultas hechas de madera y ligas y piedras pequeñas que se escurrían por los bolsillos rotos, en medio de las travesuras; la Bateíta, un lugar donde se lavaba la ropa y nos bañábamos con la ternura e inocencia de la niñez; la plaza Sarance, ¡cómo no recordarla!, el lugar adonde acompañaba a mi padre todas las tardes: le llevaba un costal con sus barajas y

un banquito de madera para jugar con sus amigos el tradicional cuarenta; él siempre ganaba y después jugaba vóley hasta que llegaba la oscuridad.

Ya en la noche, los niños y jóvenes del barrio salíamos a jugar y a comprar golosinas y Coca-Cola en la tienda de don Virgilio, que siempre nos daba de más el vuelto. También me acuerdo de las roscas de dulce para tomar con leche en la tienda de mi vecino, de quien decían que se convertía en burro las noches de luna llena: todos le teníamos miedo, ¡cómo no recordarlo!

En abril nos preparábamos para el Rosario de la Aurora: decorábamos el barrio para recibir a nuestra patrona, la santísima Madre Dolorosa del Colegio; y después solíamos visitar las casas de los vecinos para tomar café negro con pancito de horno de leña, que aplacaba el frío de la madrugada. Al celebrar a nuestro Otavalo, las mejores bandas y orquestas iban a este sitio destacado, donde, todos alegres, compartíamos un año más el tradicional canelazo y el baile de confraternidad, hasta el amanecer. El domingo había la tradicional competencia de los coches de madera, que bajaban desde el lechero para brindarnos emoción y alegría.

El grupo de jóvenes Los Capiruchos siempre organizaban y apoyaban todo lo que fuera a favor del desarrollo del barrio: se reunían varias veces para planificar y soñar con el lugar en el que hoy vivimos.

Cuando ya no éramos jóvenes, cuando los mayores del grupo ya habían formado sus familias, seguíamos reuniéndonos en el fin de año: armábamos el añoviejo[1] jocoso y colorido, con la mejor música y el cálido abrazo de los vecinos. Así cada año.

Podría pasar toda mi vida detallando cada uno de los momentos que han hecho único y especial al barrio más antiguo de Otavalo,

---

1 Monigote hecho de ropa vieja, papel, aserrín, etc., que simboliza el año que finaliza; se lo quema en la calle a medianoche, justo cuando empieza el nuevo año.

pues he sido testigo de las más lindas historias y aventuras en las que la familiaridad y buena vecindad reinan hasta hoy. Este es el lugar donde nací y en el que vivo, cuyo recuerdo ha quedado grabado en el corazón y la retina de propios y extraños, cuando visitan este hermoso sitio para sacarse las mejores fotos y hasta para filmar películas de un Otavalo que vive a través de la historia.




JOSÉ MIGUEL PILLAJO nació en Malchinguí, Pichincha, en 1951. Actualmente es agricultor. Su nieto Alex Steven Pillajo estudia en la Unidad Educativa Malchinguí.

El trabajo para conseguir agua

Hace aproximadamente sesenta años, José Pillajo trabajaba desde que tenía diez años de edad. Era hijo de una trabajadora de la hacienda San Juan. Su niñez la vivió pastando más de cuarenta chanchos y doscientos chivos, los cuales se reproducían a diario. Parte de estos animales servían como alimento para la gente que trabajaba ahí, en siembras y cosechas: los hombres iban a labrar la tierra y las mujeres a lavar quintales de mote y además cocinaban.



Los alimentos se servían en platos de barro con cucharas de palo; ellas, para preparar la comida, tenían que cargar, en sus espaldas y en burros, el agua desde las vertientes Ermita y Pogio Sixal.

Desde muy pequeños, personas como José Pillajo crecieron con la mentalidad de que el agua era muy indispensable para vivir, puesto que en ese tiempo no existía agua entubada en toda la parroquia Malchinguí, sino que solo bajaba de una vertiente por toda la calle Quito hasta el barrio San Isidro, desde donde se la servían todas las personas de la parte alta; mientras que la gente de San Juan sacaba el agua de las vertientes mencionadas, en maltas, puros y barriles, cargando sobre la espalda y en burros. Esta agua era solamente para consumo, ya que para el aseo no alcanzaba. También recogían agua en eras que construían cavando un hueco, a base de barro; este barro servía para endurecer el piso de las eras, que se usaban para trillar trigo, cebada, alverja y lenteja. Por

eso, cuando llovía se acumulaba el agua en el piso de las eras y luego se recogía para el consumo.

Hace aproximadamente cuarenta y cinco años empezaron los trabajos para entubar el agua; en aquel entonces solo existían llaves públicas en el sector del parque, la capilla, las Cuatro Esquinas y en la cancha del barrio Pichincha, y aun así era muy difícil para la gente de San Juan aprovechar esa agua.

En aquellos años llegó a la parroquia de Malchinguí un padre llamado Hugo Mera. Con su gestión y el trabajo de la gente se consiguió manguera y se construyó un tanque cisterna en la cancha del barrio Pichincha, a base de mingas que tenían como horario de entrada las cinco a. m., pero no hora de salida porque se trabajaba incluso hasta la medianoche, cargando piedra, arena, en lomo de burro y en personas. Este tanque se construyó para recolectar agua y llevar desde ahí en manguera hasta los terrenos de la hacienda San Juan: la primera llave de agua en el barrio San Juan.

Este tanque cisterna, que se construyó a base de mucho esfuerzo, sirvió en aquel entonces y sirve hasta el día de hoy para proporcionarnos agua a todo el barrio.



ANA PAULA PINOARGOTE
estudia en segundo año de Bachillerato.

Anécdotas de mi abuelo durante su vida militar

Mi abuelo me contó muchas historias fantásticas de su vida, entre estas la de su época de conscripto en el Ejército ecuatoriano. En 1966, cuando Perú invadió Ecuador, él tenía veinte años, era el conscripto número 29 del Primer Pelotón de

la Compañía Comando, perteneciente al Batallón Chimborazo número 3. Como él era del comando de ingeniería, se encargaba de poner bombas en distintos lugares y de fabricarlas con distintos materiales que le daban. En ese tiempo el presidente interino de la República del Ecuador era Clemente Yeroví Indaburu.

Un día, a las seis de la mañana, dieron el toque de diana y se dirigió a desayunar. Entonces les llamaron a todos al patio general, donde el mayor Alberto José Acosta Espinosa (exministro de Defensa) les dijo: "Ahora nuestra patria está en peligro". Cuando comenzaron a revisar la guardia, la OEA dio alerta máxima.

A las cuatro de la tarde les hicieron ingresar a los camiones de tropa. Ya equipados con sus cascos, mochilas, municiones y fusiles, a esa misma hora, les tocó el zafarrancho de combate. Entonces el jefe de pelotón, ya en los carros, les dijo: "La patria nos necesita: si vamos a morir, moriremos con orgullo". En ese momento le dieron ganas de llorar porque sabía todo lo que le podía pasar, pero, me dijo, lo hacía por amor a su patria.

Cuando ya estaba embarcado, prendieron los motores para ir a la guerra. Cruzando la frontera llegó un comunicado del ministro de Defensa, que decía que la tropa esperara hasta segunda orden. Pusieron la alerta máxima por tres días hasta que interviniera la OEA.

Como él era comando de trabajo de introducción de explosivos, el subcapitán Édgar Lombaide le dijo antes de comenzar con las pruebas: "El primer error es el último". Como mi abuelo era jefe de escuela de explosivos, tenía que hacer una demostración a 200 metros: puso una cápsula detonante con explosivos C-4 y al acercarse para verificar si estaba bien puesta y fija, explotó. Le dejó 36 heridas leves en piernas y vientre. Estuvo tres meses internado en el Hospital Territorial. Una vez recuperado, lo mandaron a la provincia de Manabí, a la construcción de la carretera de Paján.



El tiempo que él estuvo acuartelado fue un año con ocho meses; cuando lo licenciaron, salió con el cargo de sargento primero de reserva. Cuando él ingresó al cuartel, a los dos meses hicieron entrega de armas. Mi abuelo estuvo en compañía de sus hermanos (ya que eran sus apadrinados), quienes le entregaron el arma. Me contó que, en ese momento, estaba cerca de una paisanita que le dio el fusil a su hijo diciendo: "Prefiero verte muerto, mijo, y no siéndole traidor a tu patria".

Puedo decir que mi abuelo fue un héroe porque, a pesar de todo lo que tuvo que pasar por la milicia, él siguió luchando y no se rindió. Ayudó a su patria cuando lo necesitaba y llegó a cumplir su meta en la vida.

ROSA MARÍA AGUILAR nació en El Guabo, El Oro, en 1923. Actualmente es ama de casa. Su bisnieta Ana Paula Jiménez estudia en la Unidad Educativa Particular Dr. José Jaramillo Montoya.

La guerra del 41

No me acuerdo bien el día, yo era jovencita. Vivíamos por el lado del ferrocarril, aquí en Machala, pero también teníamos una casita en el campo, por El Guabo. Un día los aviones comenzaron a cruzar nuestro cielo. A lo lejos se escuchaban sonidos de terror: eran los bombarderos soltando las bombas. En las escuelas, las profesoras sacaban a los niños en fila para cantar el himno nacional y después, en coro, decían:

—¡Que viva el Ecuador, que viva el Ecuador!



A las profesoras les gritaban:

—¡Ya envíen a los niños a las casas, que son los peruanos que se nos vienen encima!

Y continuaba el ruido de las bombas que caían sobre las casas.

Mi papá, que estaba en El Sauce, por El Guabo, vino a la carrera a vernos. Mi mamita tenía todo preparado para irnos al campo, allá nos esperaba un familiar. Cuando estábamos huyendo, otro bombazo cayó cerca de nosotros.

—¡Ya están en Machala! —gritaban los vecinos. En la esquina de nuestra casa, vivía un señor que tenía un bazar, el señor era tapahuecos (interrumpí a mi abuelita para preguntarle qué era *tapahuecos*, ella me explicó que eran los que tapaban los huecos de ollas, platos y tazas de fierro con plomo); el señor pasó por la casa gritando:

—¡Don Aguilar, don Aguilar, salga rápido que ya vienen los peruanos!

En el campo, los vecinos nos gritaron que saliéramos y huyéramos porque los peruanos venían haciendo fechorías: a los hombres los amarraban en los postes de las casas y a las mujeres las violaban al frente de ellos. Mi papá no sabía qué hacer. Cuando cayó la noche, pasó un familiar y le dijo a mi papá:

—Pedrito, salga porque los peruanos ya están en El Guabo.

Esa noche fuimos a parar a un guineal. Cerca de nosotros vivía la familia Naula, que lo perdió todo: cacao, café, ganado, y después escapó por Tendales para esperar el barco al otro lado. ¡Ay, Dios mío lindo!, y durmiendo en el campo, en la noche nos cayó un hormiguero que no supimos adónde ir.

Al otro día, en la mañanita, continuamos. Íbamos mis padres y mis hermanos, que estaban muy pequeños, especialmente mi hermanita Anita Victoria, de unos cuatro años. Mi papá iba con mucha pena de nuestra casa porque quedó llenita de café, con los tendales de cacao en sacos y otro poco de cacao que aún faltaba desvenar. Una comadre le dijo a mi papá:

—Compadrito, no importa que se pierda todo porque los peruanos vienen haciendo fechoría y media.

En medio de nuestra huida, podíamos escuchar, a nuestras espaldas, el sonido de los aviones botando sus bombas en El Guabo. Seguimos caminando. Solo llevamos un poco de ropa, lo necesario porque teníamos que caminar bastante. Nos cogió la noche y otra vez tuvimos que dormir en medio del monte. En la madrugada llegamos a Tendales. En ese lugar había bastante gente porque los barcos transportaban por ahí a otras ciudades. De repente, alguien le dijo a mi papá:

—Don Pedrito, procure sacar a su familia en ese barco porque es el último que va a venir.

En unas lanchas nos sacaron de la orilla. Ya no quiero recordar porque fue una cosa horrorosa: parecía que esas canoas se iban a virar en el mar antes de coger el barco grande que nos esperaba mar adentro.

—Dios mío lindo, Dios mío lindo.

A los niños los cogían y botaban al barco grande. A mi hermanito Jacinto, pobrecito, aún estaba pequeño, alguien lo cogió de la lancha y lo botó al barco grande y casi se cae al mar; una persona que estaba en ese barco logró alcanzarlo de una piernita o sino allí hubiese muerto ahogado. Mi mamita gritaba desesperada:

—Favorezcan a mi hijito.

Ay, hijita, eso fue algo horroroso. Cuando todos subimos al barco, ese fue el último que salió de ese lugar. Entonces llegamos a Guayaquil adonde no llegaban los peruanos. Qué triste recordar cómo perdimos a nuestros familiares. Allá murió la suegra de mi hermano, unos sobrinitos y un hermanito al que le decíamos Cutinita.

Nosotros teníamos familiares en Guayaquil, pero no sabíamos dónde vivían, así que nos llevaron a un refugio que parecía un teatro. Cocinábamos afuera, en unas ollitas, sobre unas piedras. Qué gentío se veía cocinando en las calles de Guayaquil, era algo muy triste.

La finada Guillermina —mamá de Elías, un primo— nos había buscado por todos los refugios que había, día tras día. No sé cómo, en el mercado, mi tío Nicolás se la encontró: no se conocían muy bien porque Guillermina salió de pequeña de El Guabo para vivir en Guayaquil. Ella preguntaba a todos el mercado de dónde eran, preguntaba si conocían a un señor llamado Pedro Aguilar Naula, de El Guabo. Entonces mi tío escuchó a la señora, se le acercó y le dijo:

—¿Por qué pregunta por él?

—Es que es mi familiar y lo estoy buscando. ¿Acaso usted lo conoce?

Y mi tío le dijo:

—¿Quién es usted?

—Soy Guillermina Sares. ¿Y usted quién es?

—Yo soy Nicolás Minuche.

Ella, sorprendida, le dijo:

—Entonces usted es mi tío.

Enseguida Guillermina preguntó por mi mamita (era su tía), si estaba viva, y mi tío la llevó hasta donde estábamos refugiados. De inmediato ella nos llevó a su casa, donde nos acogieron muy bien. El esposo, don Aniceto, fue muy bueno con todos: él vendía helados y dejó de venderlos para ir a todos los refugios buscando al resto de la familia. Su casa era pequeña porque ellos eran tres, pero igual nos acomodamos todos en ese lugar. Como mi cuñada estaba embarazada cuando llegamos a Guayaquil, dio a luz a mi sobrina Amadita.

Además de toda la tragedia, en Guayaquil había una epidemia de sarampión, y como a nosotros no nos había dado, todos nos contagiamos. A los menores nos llevaron al hospital, allí nos dieron atención, pero como no nos recuperamos bien, nos llevaron a un médico particular. Como antes no había tanto carros como ahora, porque Guayaquil era pequeño, no como en la actualidad que es inmenso, me sacaron del hospital en una de esas carretillas de carga. Ahí me llevaron hasta la casa de mis familiares, donde también me tuvieron que cargar porque la casa era de tres pisos. Yo escuchaba que decían:

—La niña está mal, vayan a ver al doctor. —No recuerdo su nombre, ese que se hizo bien amigo de mi papá.

Lo fueron a ver y él le dijo a mi mamita que no se preocupara porque él iba a luchar para salvar a la niña. Y así fue que con los remedios que me recetó el doctor, poco a poco, me fui recuperando. Por eso, hijita, yo no perdono a esos peruanos.

Después de algunos meses, no recuerdo cuándo, los peruanos desalojaron Machala. Todos regresamos, pero Machala seguía siendo un caos porque las bombas habían dejado huecos. Todo estaba terrible. De todos los que salimos huyendo, solo regresamos mi papá, mi mamita, mi hermano Gregorio y yo; los otros niños que fueron con nosotros murieron: en el hospital los envolvían en colchas y los mandaban a enterrar —en esa parte mi abuelita lloró recordando a sus muertos—. Fue algo terrible, hijita, no había ataúd ni nada.

Cuando llegamos a nuestra casa, se habían llevado todo: ollas, platos… A los colchones les habían hecho hueco para sacar la lana y llevarse el cacao y el café en los forros. En nuestra casa todo se perdió. Por eso, hijita, no quiero ni recordar todo lo que tuvimos que pasar en ese tiempo para sobrevivir a la guerra del 41.

ANTHONELLA BORBOR
nació en Salinas, Santa Elena, en 2001. Estudia en primer año de Bachillerato de la Unidad Educativa 7 de Noviembre. Sus actividades favoritas son leer y bailar.

Historia de un viaje

Hace aproximadamente un año, yo estaba tranquila en mi habitación, revisando mi celular. Si mal no recuerdo, era noviembre, por la mañana, cuando escuché el timbre del teléfono de mi madre. No le di mucha importancia, ya que después de unos segundos dejó de sonar; mi madre estaba en sus asuntos y yo en los míos, pero no pasó ni medio minuto hasta que la oí llamarme. Era temprano y no quería levantarme de la cama; sin embargo, al escuchar la segunda llamada de insistencia, y al percibir su tono de voz, pegué un salto de mi cama y me dirigí a la habitación.

—¿Qué sucede? — pregunté al entrar.

—La hermana Annabell me acaba de llamar y me pidió que te diera permiso para ir de viaje a un lugar que no recuerdo cómo se dice.

Aparentemente la llamada aún estaba corriendo, ya que en el momento en que dije que sí, al otro lado de la línea pude escuchar el grito de euforia de esa chica rara a la que por mucho tiempo he llamado amiga. Mi madre observó un poco extrañada el celular, pues pensaba que la llamada había terminado, pero no era así. El permiso estaba dado, pero ese era el de mi madre; el más importante era el de mi padre que, afortunadamente, después de una llamada para contarle lo sucedido, accedió. Como esperaba, él también aceptó la oferta de tenerme lejos de casa durante dos días. Además, la hermana Annabell es una persona de confianza para mi padre y eso influyó.

—Sabes que tú no vas a poner ni un pie fuera de esta casa si no terminas todos los quehaceres que tienes para hoy, ¿verdad? —me habló mi madre.

—Lo sé... —Cómo olvidar algo que tengo que hacer todos los fines de semana.

La mañana pasó muy rápido para mí, ya que me la pasé ocupada terminando de hacer mis labores. Cuando cayó la tarde y estaba acabando de lavar los platos del almuerzo, escuché una voz conocida.

—¡¡¡Buenas!!! —eso me lo dijo todo, pero ¡cómo iba a salir en las fachas que estaba!

Le dije a mi hermano que las hiciera pasar, y hasta eso yo me daría una ducha rápida y terminaría de guardar la ropa que pensaba llevar en una maleta. Puedo decir que el que tomé fue el baño más rápido de mi vida. Me cambié, me alisté y salí.

—Hola, Antho —me saludó la hermana Annabell.

—Hola, hermanita, me estaba acabando de arreglar.

Al lado de la hermana Annabell estaba Megan, su hija, mi amiga.

—Pareces una lechuga —me dijo, tratando de molestarme.

—China fea.

—Entonces, nos vamos —intervino la hermana Annabell.

—Déjeme ir por mis cosas y decirle a mi madre que ya me voy.

—Aquí te espero.

Entré a mi cuarto, tomé la maleta, busqué a mi madre en el patio de atrás y le dije que ya me iba. Ella me acompañó hasta la puerta para poder despedirse. Mi madre y la hermana Annabell tuvieron una pequeña conversación sobre dónde nos íbamos a quedar y dónde íbamos a comer, todo fue brevemente explicado y caminamos hasta llegar a la calle principal, para tomar un taxi y dirigirnos al terminal.

—Oye, ¿es verdad que iremos a la casa de tu abuelita? —le pregunté a Megan, que caminaba a mi lado.

—Sí, ¿por qué la pregunta?.

—Es que de tu familia solo conozco a tus padres y a tu hermano.

—Sí, bueno, vas a conocer a mi abuelita.

—Sí, bueno… oye y, por cierto, ¿adónde es que vamos?

—A Zapotal.

—Ah, bueno.

Nos quedamos en silencio mientras esperábamos el taxi, que parecía que nunca iba a llegar.

—¿Y dónde es que queda eso?

—Bueno, es un poco difícil de explicar… ¿Has ido a Guayaquil?

—Solo cuando vamos a la asamblea.



—Bueno, en la autopista vía Guayaquil hay un pequeño desvío hacia la derecha…

Me quedé en silencio por un momento hasta que llegó el tan esperado taxi que nos llevaría al terminal. Allí comparamos los boletos y esperamos hasta que llegó el autobús. Nos subimos y ya estábamos camino a Zapotal. En el bus, mi compañera y yo nos pusimos a conversar sobre distintos temas. Después de un rato de tomarnos fotos y molestarnos, me terminé cansando y traté de dormir hasta que llegáramos, pero eso no fue posible porque en el mismo momento en que lograba dormir, ya habíamos llegado.

Bajamos del autobús y observé a mi alrededor, era un pequeño pueblo, callado y apacible.

—¿Aquí es Zapotal? —pregunté un poco curiosa a mi compañera de viaje.

—Sí.

—Oye, ¿y dónde queda la casa de tu abuelita?

—Justamente cruzando la calle.

Era verdad, tan solo cruzando la calle se encontraba una casa de color blanco.

—No te quedes ahí mirando, vamos —me dijo mi amiga.

Apenas abrimos la puerta nos encontramos con una señora que, puedo decir, era idéntica a la hermana Annabell, eran como dos gotas de agua.

—Hola, madre —saludó la hermana Annabell.

—Hija —contestó la señora.

—Hola, abuelita —saludó mi compañera.

—Hola, hijita.

Después de saludar a mi compañera, la señora me observó durante un segundo antes de que me presentaran.

—Abuelita, ella es una amiga; Antho, mi abuelita.

La hermana Annabell soltó una pequeña carcajada al aire y me volvió a presentar como es debido. La señora era agradable, pero me sentía un poco incómoda allí, con tres generaciones reunidas en un solo lugar. Salí y estuve pasando el tiempo, tomando aire y observando el paisaje un poco desértico. Después de un buen rato pensando en la nada, Megan se me acercó y empezamos a hablar.

—Oye, Antho, ¿quieres ver algo genial?

—Supongo…

—Entonces, sígueme.

Mi amiga me guio por la cocina de la casa, cruzando un pequeño patio abrió la puerta trasera y entonces pude verlo: un verdadero escenario desértico y, apenas unos cuantos pasos más

adelante, una pendiente considerablemente grande. Era una vista sorprendente.

Una voz nos llamó desde dentro de la casa, era la hermana Annabell.

—¡¡¡Antho!!! ¡¡¡Megan!!! ¡Ya vengan a comer!

—¡¡¡Vamos!!! —contestó mi amiga.

Las dos entramos en la casa nuevamente, nos lavamos las manos y fuimos a comer. La comida no estuvo nada mal. Luego fuimos a ver un rato televisión, pero después de unas horas la señal se cayó. Entonces la tía de mi amiga, con quien ya nos habíamos presentado con anterioridad, nos ofreció poner la hamaca en el patio. Estaba haciendo mucho calor dentro, así que no lo pensamos dos veces y aceptamos. Nos quedamos ahí todo el resto de la tarde, hablando de cosas sin sentido y haciendo retos absurdos.

En menos de lo que esperábamos nos quedamos dormidas en esa cómoda hamaca. La tarde y su calor empezaban a retirarse, dejando a su paso un cielo de colores naranjas; el recuerdo desde ese momento está borroso, ya que me estaba quedado dormida, pero sé que luego el cielo se marcó de negro.

Sentía mucho frío. Abrí los ojos lentamente y sí, ya era de noche. La señal de la TV había regresado y Megan ya se había despertado y estaba revisando su teléfono. A unos segundos de haberme despertado, se dio cuenta.

—Oye, ¿quieres entrar? Está empezando a hacer frío.

—Sí, me doy cuenta.

Volvimos a entrar y empezamos a dar vueltas frente al televisor, hasta que llegó la hora de la merienda. Comimos y todo marchaba bien. Entonces llamaron a la puerta de la casa, era una chica que

aparentemente era conocida de mi amiga, quien me la presentó. Si mal no recuerdo, su nombre era Leslly.

—Madre, ¿podemos salir a caminar durante un rato? —preguntó Megan a la hermana Annabell.

—Mmm… no sé, ya es tarde y no deberían salir.

—Por favor, solo serán unos minutos, además voy con Leslly, para presentarle el pueblo a Antho.

La hermana Annabell lo pensó muy bien y al final accedió. Las tres salimos de la casa y empezamos a caminar por el mismo camino que nos trajo, hasta llegar a las entradas del pueblo. Desde ahí se podía ver claramente la autopista por donde cruzaban los carros y buses rumbo a Guayaquil. Los faroles estaban muy distanciados y, para no meternos en problemas, regresamos. En sí, el pueblo consistía de una sola carretera que se conectaba con varios callejones un poco más angostos. Decidimos caminar por toda esa carretera y luego pasar por los pequeños callejones, nuevamente hablando de temas virales.

Después de un buen tiempo de caminar decidimos regresar a casa y nos despedimos. Puedo decir que esa chica me agradó un poco. Cuando entramos, la hermana Annabell nos estaba esperando y nos dijo que, como no había muchas camas en la casa, nos teníamos que ir "arriba", lo cual no entendí. Megan me lo explico: "arriba" era unas pequeñas casas que se encontraban subiendo una loma y atravesando la autopista que va a Guayaquil.

Llegamos a la casas de "arriba". No puedo negar que, para ser una casa pequeña, se veía muy bien amueblada. Mi amiga y yo tomamos una ducha y nos secamos el cabello para poder dormir. Recuerdo que me desperté mucho antes que los demás y me sentía muy incómoda sabiendo que podía molestar si hacia algún ruido fuerte. Al fin no pasó mucho tiempo hasta que mi amiga despertara

y pudiéramos ver, nuevamente, los rayos del sol. Desayunamos y regresamos a la casa en la que estaba la hermana Annabell, quien nos esperaba en la puerta leyendo una revista.

Nos quedamos un momento más, aproximadamente hasta la 13h00, y a esa hora ya estábamos esperando al autobús que nos llevaría de vuelta a Santa Elena. Apenas pisamos el terminal, todo volvió a ser como antes. Fue una experiencia realmente inolvidable y única al lado de mi gran amiga Megan y su madre. En resumen, la pasamos genial.

ANDERSON WLADIMIR ARAQUE nació en Otavalo, Imbabura, en 2001. Estudia en segundo año de Bachillerato de la Unidad Educativa Hermano Miguel La Salle-Atuntaqui. Sus actividades favoritas son jugar básquet y escribir.

Un viaje a la realidad

Hace unos tres años, mi familia y yo fuimos invitados por mi tío a un viaje. Todos estábamos muy emocionados porque ese día llegara, aunque no sabíamos hacia dónde nos llevaría. Esperábamos con ansias, hasta que por fin llegó el momento en que nos enteramos de que iríamos a Buenos Aires. Todos gritamos de la emoción, ya que pensábamos que íbamos a disfrutar mucho de esta experiencia y nos divertiríamos hasta más no poder. Nos reunimos en mi casa y emprendimos el viaje, no sin antes comprar repelentes y bloqueador solar para que el gran sol de aquella zona no dañara nuestra piel.



Fuimos en el carro, escuchando música de varios tipos y géneros, y dialogando sobre cómo nos iba tratando la vida. Todo esto terminó cuando, con mis primos, vimos los hermosos paisajes que nos brindaba la naturaleza en el camino, además de quedar asombrados por el tamaño de las frutas que se daban en aquel lugar. Si comparábamos unas frutas del mercado de donde vivíamos con unas frutas de esa zona, estas se quedarían muy, pero muy, atrás por su tamaño tan pequeño.

Al llegar a nuestro destino notamos que el lugar tan hermoso que habíamos imaginado no era real, aquel lugar solo tenía una plaza y lo demás eran casas simples, rodeadas de terrenos muy extensos que se perdían entre montañas y laderas.

Mientras caminábamos por las pocas calles que había, escuchamos la voz de una chica que hablaba por un parlante pidiéndole a una señora que fuera hacia ella, ya que tenía una

llamada telefónica pendiente. Entonces mis primos y yo nos acercamos hacia mi padre y le preguntamos por qué hacían eso. Él nos respondió que, como allá no había señal, las personas solo tenían un teléfono público por el cual podían recibir sus llamadas; algo que era nuevo para nosotros.

Llegamos a la casa de don José, donde nos íbamos a hospedar y donde nos acogió con gran cariño y ternura. A la mañana siguiente nos despertaron muy, pero muy, temprano, lo que fue muy difícil ya que estábamos acostumbrados a levantarnos muy tarde, y nos pidieron que ayudáramos a preparar el desayuno y a cuidar a los animales de don José y su familia. En la tarde ayudamos a coger naranjas para la venta y a ordeñar el ganado para preparar una colada de leche, terminando así una jornada muy cansada, en la que no realizamos nada de lo que habíamos planificado con mis primos.

Así fueron casi todos los otros días, salvo el último, cuando nos dejaron dormir hasta muy tarde y don José y su familia nos habían preparado una gran comida de despedida, en agradecimiento por todo lo que les habíamos ayudado a hacer.

Este pueblito de Buenos Aires de Urcuquí, en la provincia de Imbabura, me ayudó a entender que sin sacrificio nada es posible, ya que si una persona se esfuerza por sus sueños siempre los cumplirá; en cambio, una persona que tenga muchos sueños pero no se esfuerce por alcanzarlos, vivirá toda la vida solo soñando, sin hacerlos realidad.

Al regreso a mi hogar, después de esta aventura, comprendí que no todo en la vida son lujos y cosas caras, sino que la felicidad también se consigue en lo sencillo y con trabajo duro.

THIFANY LISBETH ESPÍN
nació en Quito, Pichincha, en 2000. Estudia en tercer año de Bachillerato de la Unidad Educativa El Ángel. Su actividad favorita es jugar básquet.

Campamento

Hoy les traigo una anécdota de mi vida, una experiencia única de mi niñez, espero que les guste a todos.

Una mañana, rumbo a Maldonado, íbamos mi hermano y yo a un campamento organizado por la iglesia. En ese entonces yo tenía ocho años de edad y mi hermano diez. El campamento duraría dos semanas. El momento en que llegamos a nuestro destino, nos recibieron los dirigentes del campamento; cuando íbamos bajando del bus, a cada uno nos dieron, al azar, un pañuelo de distintos colores, así cada uno pertenecería a un

escuadrón diferente. A mi hermano y a mí nos separaron. Se hizo de noche. Antes de dormir, todos teníamos que cantar la canción del campamento que cantamos en el bus, donde la repetíamos cada rato.

Teníamos horarios para levantarnos y hora de acostarnos. Al principio era aterrador: parecía escuela militar, pero después vinieron cosas buenas en el transcurso de las semanas. Siempre cantábamos una canción diferente, contábamos cuentos de terror y hacíamos cosas únicas que no se podrán olvidar nunca. También hicimos ayuda comunitaria.

Si una persona hacía mal las cosas, todo el grupo debía responder con un castigo. Los castigos no eran nada malo, simplemente se trataba de ayudar a la cocinera, limpiar los baños, arreglar los salones. En los salones solíamos hacer ceremonias de conciliación y de reflexión, ceremonias que nos hacían llorar por que cada cosa que decían era verdad, eran hechos de la vida real. Bueno, eso es lo que me pasaba a mí, yo sentía que se contaba la historia de mi vida.

Un día hicieron un simulacro: nos sacaron corriendo a las tres de la mañana. Así como estábamos, nos llevaron a un lado de la selva, trotando. Ese día nos asustamos mucho. Todo era para ver cómo reaccionaba cada uno. Mi hermano se ganó la medallita de responsabilidad y compañerismo porque él me cuidó y esperó a que todos los demás salieran y estuvieran a salvo para poder salir; por supuesto, lo premiaron. Al siguiente día nos pusieron una prueba de resistencia en la selva: tuvimos que buscar comida, agua y crear fuego por nuestra propia cuenta, por dos días. Mi grupo ganó porque teníamos compañerismo entre nosotros.

La verdad, ya no recuerdo bien lo que paso después, pero quiero que sepan que aprendí mucho en esas dos semanas: aprendí valores que tal vez en mi casa nunca me hubiesen enseñado,



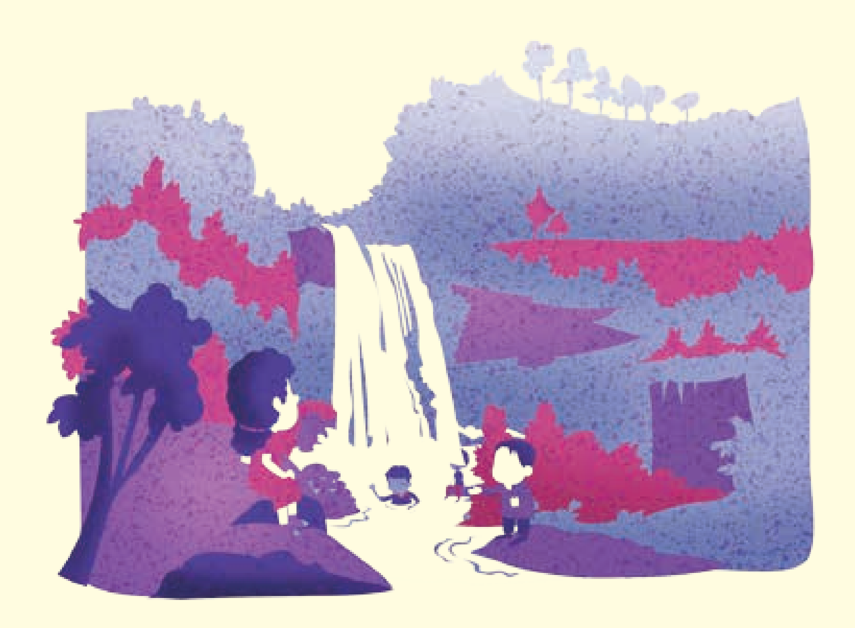
aprendí a ser independiente, aprendí el significado de la amistad, del amor de hermanos, del compañerismo, de la humildad, de la honestidad, del respeto y muchos valores más que hasta el día de hoy no puedo olvidar. Esos días de entera felicidad fueron días de gloria, sabiduría, reflexión y conciencia sobre nuestro mal comportamiento y también de nuestros errores.




NELSON BERNIET YAGCHIREMA
nació en Quito, Pichincha, en 2000. Estudia en segundo año de Bachillerato de la Unidad Educativa Ramón González Artigas. Su actividad favorita es el fútbol.

La cascada de la amistad

Todo comenzó un sábado, después de un gran partido de fútbol. Estábamos reunidos en la tiendita de la esquina entre los amigos con los cuales compartíamos una infancia única. Nos encontrábamos en la vereda, conversando sobre si podríamos salir en la noche para una fogata que haríamos en la cancha de fútbol exactamente a las nueve. Terminando de tomar las colas, todos nos retiramos a las casas entre risas.



Después de merendar y pedir permiso a nuestros padres, nos encontramos en la canchita e hicimos un círculo para encender una pequeña candela y abrigarnos mientras contábamos historias de terror. Entonces, una amiga propuso la idea de salir de paseo a la cascada Molinuco y todos quedamos para ir a aquel lugar tan mencionado pasada una semana.

Llegado el día nos reunimos en la tienda de la esquina, donde éramos fieles clientes de toda la vida, y siendo exactamente las doce del día nos dirigimos a nuestro destino. Todos estábamos emocionados con aquella excursión de amigos. Cogimos una camioneta hacia Molinuco y, después de media hora de viaje, llegamos. Entonces nos dirigimos hacia la cascada más grande que había en aquel refugio ecológico, para lo que caminamos dos horas por un sendero único, lleno de una fauna única. En el camino observamos una pequeña cascada, de unos tres metros de

altura, y un amigo puso el reto de tocar el agua; de repente, perdió el equilibrio y se resbaló. Fue algo gracioso, ya que con el agua de volcán se había formado un tobogán natural por el que nuestro amigo fue a parar al principio de la cascada. Asustados todos, bajamos corriendo a ayudarlo mientras gritábamos su nombre: "¡Marlon! ¡Marlon! ¡¿Estás bien?!". Otro amigo se lanzó al río para ayudarle a salir, ya que él podía nadar pero en ese momento, de la desesperación, se le olvidó. Finalmente, los dos salieron del agua nadando como perritos. Marlon se tuvo que sacar la ropa, pues estaba totalmente empapado; no tenía ropa seca, por lo que tuvimos que darle una pantaloneta, medias y una camiseta para que pudiera entrar en calor.

Seguimos el sendero hacia la cascada más grande hasta que llegamos, cansados pero con la satisfacción de observar una enorme caída de agua, de aproximadamente ochenta metros de altura. Nos sentamos en las rocas que había alrededor, sacamos la comida que habíamos comprado en la tienda de la esquina, donde la vecina, y recordamos el momento en que Marlon se cayó. Entre risas y carcajadas, cada uno contó cómo se sintió ese momento y, después de hablar de aquella fea experiencia, regresamos al inicio del camino. En un punto nos sentamos a mirar el río, porque habíamos observado que había peces en el lugar. Improvisamos una pequeña caña de pescar y logramos atrapar un pequeño pescado, fue tanta la emoción que apenas llegamos a la cabaña lo cocinamos en un pequeño fogón. Todos comimos un pequeño trozo de aquel pescado y cada uno guardó una pequeña parte de su espina dorsal, como recuerdo de aquel emocionante día.

Regresamos a las siete de la noche, a la casa de un amigo, y estábamos tan cansados que nos quedamos dormidos en su sillón. Al día siguiente nos dirigimos a nuestras casas, después de haber vivido una gran excursión.

STEPHANIE BELÉN BAYAS
estudia en segundo año de Bachillerato de la Unidad Educativa González Suárez.

La señora que quería comprarme

Mi anécdota comienza con una señora, que es la tía de mis primas, de una familia aparte, es decir, prácticamente para mí no es nada en cuestión de asuntos familiares. Esta señora quería adoptar a mi hermana mayor —con tres años—, a cambio le daría a mi madre una gran suma de dinero. Mi madre no aceptó.

Después de un tiempo, cuando yo nací, ella volvió a pedirle a mi mamá que le vendiera pero no a mi hermana, sino a mí. Mi

madre se negó a pesar de que la señora aseguró que me daría absolutamente todas las comodidades. Mi madre no accedió, y eso que mis padres necesitaban dinero porque en ese tiempo nuestra situación económica no era tan buena. A pesar de eso, mis padres me educaron en una escuela privada y me dieron todo lo que necesitaba.

Con el pasar del tiempo, la señora venía a comprar a la tienda de abarrotes de mi madre. Ella le preguntaba si podía llevarme a dar vueltas en su carro, a su casa, a comer o hasta a dormir. Mi madre nunca tuvo ningún mal presentimiento, ya que, pensaba, si la señora me quería no me haría daño. Mi mamá se lo permitía, pues se sentía mal porque ella no pudo tener hijos. Y yo tenía que ir y seguir las órdenes de mi madre, que eran comportarme bien, no despreciar la comida y ese tipo de cosas que cualquier madre le dice a un hijo para que no le haga quedar mal y por educación.

Yo me había acostumbrado a ir con la señora, que me consentía tanto que si hacía algo que yo odiaba, lo cambiaba; por ejemplo, en el desayuno me daba huevo a la copa y a mí no me gustaba cuando el huevo tiene juguito, entonces se lo decía y ella enseguida me preparaba uno bien cocido; incluso llegó a pelearse con su familia porque su sobrina me pegó y yo le rasguñé, y como yo lloré, la señora le dijo a la mamá de la niña que se fuera de la casa con su hija.

Prácticamente, la señora fue como una segunda madre para mí. Con ella experimenté muchas cosas: en una ocasión fuimos a un río en el Puyo, con toda la familia. Yo, en realidad, no sabía nadar, pero me encantaba meterme en el agua por el simple hecho de que a un niño le atrae jugar en el agua y se siente seguro de estar con adultos, y yo me sentía igual, pero también me sentía curiosa. Por eso me metí más allá, en el río; como mi estatura es demasiado pequeña, sería difícil encontrarme si por error me resbalaba. Y para mala suerte, eso me sucedió: me quedé en la parte más



profunda. Recuerdo haberme desesperado mucho por poder salir. En ese momento solo sentía todos los buenos momentos en mi mente, entonces sentí que alguien me cogía de mi mano pequeña y me halaba. Por fin me sentí a salvo.

Después se me empezó a conocer con el apodo de Belenshuto, la razón es interesante: cuando eres pequeño, no tienes la capacidad de pronunciar bien las palabras, por eso cuando yo tenía miedo o me hacían asustar —a mi otra hermana mayor, es decir, la primera hija de mis padres, le gustaba hacerme bromas—, en vez de decir "¡Qué susto!", yo solía decir "¡Qué shuto!". Por eso, cuando me buscaban, decían: "¡Belén! ¡Belén! ¡Qué shuto! ¿Dónde estás?". Y fue mi prima quien decidió unir esa palabra con mi nombre, por eso me pusieron Belenshuto.

Dejé de ir con la señora porque cuando íbamos al mercado, ella me dejaba cuidando su auto, encerrada, y siempre prometía volver

rápido con algo para mí. Me dejaba con los vidrios cerrados para que no me robaran ni nada por el estilo. Cuando estaba en el auto, me sofocaba porque la señora se demoraba mucho en volver, yo moría de calor y sentía que me ahogaba, sufría algo así como una claustrofobia. Yo pedía salir, pero no podía conseguir ayuda. Se lo conté a mi madre y dijo que ya no me dejaría ir, ya que si la señora lo volvía a hacer, me podría morir de asfixia.

NORALMA ALEXANDRA LUCIO nació en Chillanes, Bolívar, en 2001. Estudia en tercer año de Bachillerato de la Unidad Educativa Municipio de Loreto. Su actividad favorita es leer.

Pequeños recuerdos

La vida en ocasiones nos trae experiencias un poco temerosas, pero cuando estas pasan pueden llegar a ser los mejores recuerdos. Yo era una niña de apenas ocho años, y habían pasado solo dos desde que llegara a la provincia de Orellana, en el cantón Loreto, un lugar muy caluroso, con un río esplendido, pero con pocos amigos.

En ese entonces terminaba de cursar el séptimo año de educación básica, mi hermana había salido de viaje a Quito, al planetario, y mi madre y hermano se quedaban en casa; mientras, mi padre y yo emprenderíamos un viaje a lo remoto y desconocido

(al menos para mí, que aún me perdía por las pequeñas calles del pequeño pueblo).

A mi papá le habían extendido una invitación para ir a cantar a una comunidad lejana, en un evento por el Día de la Madre donde iba a estar presente la prefecta, y mi padre me llevaba para que cantara con él. Sin más que decir, me vestí para la ocasión y emprendimos el viaje (el largo viaje). No sabía adónde iríamos, con quién iríamos, qué nos pasaría o a qué hora volveríamos, pero me subí al carro que nos transportaría a aquel lugar. Estuve sentada en el asiento trasero del auto por unas tres o cuatro horas, era tan lejos… Ya quería bajar y sentir el aire fresco del campo, de la naturaleza, de la selva.

"¿Cuándo llegamos?", me estaba preguntando cuando finalmente llegamos. Me puse el maletín de mi padre al hombro y cogí mi requinto (que era de mi padre pero también lo tocaba yo) y bajé. Él se reunió con otros señores y me guiaron a orillas de un río inmenso. Entonces me dije a mí misma: "¿Y ahora, qué?".

Las aguas del río estaban cafés, sucias de tanta lluvia. Había varias personas a mi alrededor; eran altas y yo era pequeña, era una desconocida entre tantos desconocidos, por eso esos instantes no solté a mi padre. Tenía miedo de esas personas, no entendía lo que hablaban; eran un poco diferentes, su piel era canela y sus ojos rasgados. Le pregunté a mi padre y me dijo que eran kichwas nativos de la provincia.

Luego subí, junto a los demás que iban a cantar con mi padre, en una canoa, pero esa canoa era muy pequeña para el grupo de personas que íbamos río arriba. Era la primera vez que me subía a un aparato de esos, por poco y me mareo. El agua salpicaba en mi rostro mientras cruzábamos las corrientes, esas corrientes… Tomamos un descanso y me bajé. Mi padre me tomó una foto en una pequeña islita en medio del inmenso río. Me dijeron que



se llamaba río Payamino y que íbamos a Pacto Rumy. "Qué raro nombre", pensé, nunca lo había escuchado, pero parecía ser un lugar divertido. Subí a la canoa de nuevo y mi padre me dijo que él iría en otra, que la marea estaba fuerte, había muchos pasajeros y la canoa no soportaba tanto peso. Yo me quedé anonadada, no dije nada, ¡¿por qué no dije nada?!

No me bajé, solo me quedé abrazada al maletín y al requinto. Desde el cielo empezaron a caer gotas de agua que lavaban mi rostro y, por supuesto, me mojaban. El río parecía enojado, la canoa por poco se viró en un remolino que se formó al estar subiendo. En ese y en otros momentos mi rostro y mis ojos se llenaron de lágrimas, había tanta gente que no conocía, tenía frío, no llegábamos y ya habíamos estado en el río por más de cinco horas. Todos hablaban, no saben cómo me sentía, hasta que al fin una chica me dijo: "No llores"; pero yo solo pensaba lo peor: "¿Y

mi padre, dónde está? ¿Dónde se ha metido? ¿Será que pasó algo con la canoa? ¿Por qué no nos alcanzan?".

Cuando llegamos quise pisar tierra. La lluvia era cada vez más espesa. Entre la neblina llegamos a lo que yo pensaba que sería un lugar hermoso, pero me había equivocado, no era así, solo vi una casa y lo demás era selva. El suelo estaba resbaloso, con puro lodo, y yo estaba mojada; mis provisiones también se habían mojado, eran galletas Ricas pero estaban empapadas. Ya eran las 16h00 y casi anochecía. Me quedé al lado del fuego esperando la tan ansiada canoa en la cual vendría mi padre, hasta que, entre la niebla, lo vi. Recuerdo la risa en su cara y que me dijo: "¡¿Por qué estabas llorando?!". "¿Y a él quién le dijo eso?", pensé, porque no quería admitirlo, no quería que supiera que tenía miedo, solo frío.

Ya había calmado mi llanto así que fuimos adentro. En la casa había mucha gente pero la prefecta no llegaba. Nos dieron de comer, estaba caliente, era sopa y pescado, o algo así. Estaba rico, muy rico, pero como estaba cansada, por llorar y por el viaje, pues me dormí. No sé qué pasaría, pero no canté, no me daba ganas.

El regreso se me hizo más corto y, como ya había cesado la lluvia, ya no estaba tan mojada. Entonces pude ver que el río estaba lleno. Cuando la gente se quedaba en sus paradas, la canoa se orillaba a las laderas y los peces entraban en ella. "¡¿Acaso es magia?!", me decía. Los peces eran muy resbalosos como para cogerlos yo, así que mi padre los agarraba y me los daba.

Al llegar al pueblo, lejos del río, entré a la camioneta y me quedé dormida otra vez, ya era muy tarde. Cuando desperté vi que no estábamos justamente donde me había dormido y mi padre me dijo que lo siguiera a una casa. Ahí nos dieron de comer un poco más y una niña me prestó su ropa, porque la mía estaba aún húmeda y me haría daño. Pensé que después de eso regresaríamos a casa por fin, pero no, no era así, el estero por donde habíamos

cruzado de venida había subido por tanta lluvia y la camioneta ya no podía pasar. La maquinaria demoraría en venir pero yo no esperaría eso, así que me dormí, solo después de que mi padre me dijera que se iba a pescar con otro señor. Cuando regresó, ya a la madrugada, la marea había bajado un poco, por lo que, finalmente, partiríamos de vuelta.

La camioneta nos dejó cerca de nuestra casa, caminamos y llegamos entre las 3 y las 4 de la mañana. Toqué la puerta, me abrieron y caí rendida en la cama.

A la mañana siguiente mi madre había hecho una rica comida con los pescados del río. Después de eso nos llegó la noticia de que mi hermana también se había quedado varada en un derrumbe que se había suscitado por tanta lluvia, pero esa es otra historia... "La mía —pensé— fue muy divertida y peligrosa, así que me gustó".




JANETH MAYLIVE CÁRDENAS
nació en Gonzalo Pizarro, Sucumbíos, en 2000. Estudia en segundo año de Bachillerato de la Unidad Educativa El Chaco. Sus actividades favoritas son leer y escribir.

Consejera viajera

Llegaba Navidad, Zuleika y su familia habían decidido ir a la región Costa, donde se encontraba su hermana, que ya desde hace algún tiempo vivía en la ciudad de El Carmen. El último día de clases era el más esperado por todos los escolares, y en especial por Zuleika, que se encontraba más que feliz con la noticia del viaje. Por eso, al llegar a casa lo primero que hizo fue recoger sus pertenencias, para así anticipar la partida. Sus padres se sorprendieron al verla tan apresurada, y a la vez se emocionaron de tenerla en sus vidas.



Al día siguiente, la joven y su familia se dirigieron hacia la parada a esperar el bus. Este llegó después de unos minutos y los pasajeros se embarcaron. En el transcurso del viaje todos se quedaron dormidos, menos Zuleika. Su mirada traspasaba la ventana, el cielo azul y la brisa se reflejaron en sus ojos, que se inundaron de lágrimas que ni ella sabía por qué se producían.

Tiempo después llegó la hora de bajar del bus y trasladarse al siguiente, donde estaba una señora que leía una Biblia. Zuleika la miraba con curiosidad mientras pasaba cada una de sus hojas, hasta que ella le regresó a ver y la joven, asustada, retiró su mirada. Entonces la señora le habló cariñosamente:

—Buenas tardes, señorita. ¿Adónde se dirige? Es un gusto tenerla aquí, en este viaje.

Sorprendida, Zuleika respondió:

—Buenas tardes, me dirijo a la ciudad de El Carmen, de visita donde mi hermana. ¿Y usted?

—Voy a ver a mi hijo y a mi madre, tengo un local en Quito, por lo que casi no paso con ellos.

—Qué bueno, ¿cuántos hijos tiene? Mi nombre es Zuleika, ¿y el suyo? —dijo la joven sonriendo.

—Mati, me llamo Mati, y tengo dos hijos. Uno de ellos, de veintidós años, falleció hace poco en un accidente de tránsito. Pero sabe, agradezco a Dios por dejarme al otro, a quien amo con toda mi alma. Al principio fue tan difícil aceptarlo… pero sé que mi hijo está en la gloria de Dios y sé que no soy nadie para juzgarlo; Sus obras son perfectas. En la vida debemos aprender a tomar de buena manera los sucesos inesperados. ¿Sabe?, desde que la vi, miré algo en común entre nosotras. Sentí que el Señor nos puso aquí para conocernos y para conocerlo a Él.

—De igual manera, para mí es un gusto haberla encontrado y me alegra mucho que piense así de la vida. Yo a veces digo cosas sin sentido, busco culpar a personas que no tienen la culpa de lo que sucede, quisiera desparecer por un momento y quisiera ser como los demás. Siento que llevo una confusión interna, pero ahora entiendo que siempre hay a quien seguir, siempre hay un ángel consejero.

Mati inspiró a Zuleika, leyeron la Biblia juntas hasta que Mati llegó adonde su familia y, con una mirada llena de bondad y fe, se despidió diciéndole:

—Eres una chica muy buena por dentro. Tu corazón debe llenarse de fe y esperanza, y verás que tu vida cambiará totalmente.

Intercambiaron sus contactos y quedaron de acuerdo en comunicarse seguido. Zuleika se quedó plenamente pensativa y se dio cuenta de que no es necesario ser como otras personas sino confiar en uno mismo, con fe, esperanza y bondad.

La joven sonrió como nunca. Los pasajeros la miraban pero ella mantuvo la gran felicidad que sentía. Volvió a ver por la ventana, ahora con amor a la vida, hacia el iluminado cielo donde se encontraba Dios.




GLENDA ARMIJOS nació en Yanzatza, Zamora Chinchipe, en 1982. Actualmente es estudiante. Su hijo Degler Oñate estudia en la Unidad Educativa Monseñor Juan Wiesneth.

Lucha

En un barrio que se llama Santa Cecilia, del cantón Paquisha, provincia de Zamora Chinchipe, hace varios años nació una niña traviesa, inquieta y un poco loca, era la quinta hija de la familia Armijos Ordóñez. Esa niña era yo. Crecí a base de cuidados y mimos de mi madre, ya que mi padre había fallecido antes de que yo naciera. Fui una niña muy enferma, me dio bronquitis y neumonía, enfermedades con las que habían fallecido tres de mis hermanos mayores.

Mi familia vivía en una finca, rodeada de caballos, chanchos, gallinas, vacas y mucha vegetación. Mi mamá me contó que



cuando tenía un mes de nacida, me puse muy mal por la bronquitis y me tuvo que llevar de urgencia al médico, pero para llegar al centro de salud más cercano se debía caminar dos horas y pasar el río Paquisha, el cual se cruzaba en canoa, y ese día había llovido mucho, por lo que el río estaba muy crecido. Al pasar se viró la canoa, todos cayeron al agua menos yo, me había quedado enganchada en las raíces de un árbol que bajaba en el río. Mi madre y sus amigos me rescataron a tiempo, por eso mi madre me dice que soy un milagrito.

Crecí entre travesuras y juegos. Cuando tenía cinco años quería ir a la escuela, mi mamá habló con el maestro Fabián y él aceptó que asistiera como oyente. Yo iba feliz cada día a la escuela, llevaba dulces, queso y unas empanadas que le robaba a mi mamá. Así estuve dos años. Mi mamá dispuso mandarme a vivir con mi abuelita paterna, por mi enfermedad, a un cantón cercano. Viví

con ella dos años y regresé a vivir con mi mamá y mis hermanos porque los extrañaba mucho. Mis hermanos eran pequeños y yo podía jugar con ellos, especialmente con mi hermano Jhonny: él era cómplice en todas mis travesuras.

Siempre me acuerdo cuando vestíamos a un chancho con la ropa de mi padrastro, y mi hermanito Jhonny se subía encima de él, como a un caballo; y también recuerdo cuando vestíamos a Porfirio, que era un caballo enano: a él lo vestíamos con ropa de mi mamá, era la esposa del chancho, y los metíamos a la casa cuando no estaban mis padres. Cuando mi mamá nos mandaba a la finca, en el camino asustábamos a Franco y a Kléber, que eran dos niños shuar; a los shuar adultos también los hacíamos asustar cuando se bañaban en un río: nosotros nos metíamos por una alcantarilla y botábamos piedras para que los murciélagos que vivían ahí salieran y los asustaran. También recuerdo las carreras de caballo contra la única camioneta que había en la zona, y siempre ganaba la camioneta.

Nos gustaba mucho pasear. En un río pequeñito, pescábamos y comíamos, pero como no sabíamos que se debían lavar los pescados, nos los estábamos comiendo con escamas y con caca, hasta que mi madre nos explicó que había que lavarlos.

Como no había tanta tecnología, jugábamos con latas de atún, hacíamos casitas con hojas de verde y bolillas con barro, y con eso jugábamos; también con trompos, a la rayuela, al gato, a la cuerda y a las escondidas.

El tiempo pasó muy rápido. Mientras iba a la escuela, una vecina me preguntó si le quería ayudar a vender comida en los carros, le pregunté a mi mamá y me dijo que sí. Vendía maduros fritos, tamales, fritada y humitas. Un recuerdo gracioso de eso es que los militares estaban con hambre y se me llevaron las humitas.

La guerra de 1995 fue muy fea para los que vivíamos en la frontera. Aún recuerdo el sonido de las sirenas que significaba "salir corriendo", pero solo salían mujeres y niños, los hombres se quedaban a ayudar a los militares. Ya en el campo de refugiados, los niños jugábamos, nos daban caramelos, nos ponían películas, venían los doctores y nos revisaban, éramos felices porque no íbamos a la escuela y solo pasábamos jugando, pero las mujeres lloraban por sus esposos y sus hijos que se habían quedado y cocinaban para los militares en la guerra. En 1998 todo volvió a la normalidad, la guerra acabó y terminé la escuela; mi mamá y mi padrastro decidieron ir a vivir en Macará.

De adolescente empecé nuevamente a trabajar, partiendo limones en una cevichería; después de unos meses, vine a vivir a Guayaquil y trabajar para una familia como empleada doméstica. Trabajé tres años con ellos, pero regresé a Paquisha con mi familia, pues los extrañaba y ellos también habían regresado a nuestro cantón. Al regresar, me enteré de que en la iglesia del cantón Guaysimi buscaba señoritas para trabajar cuidando niños, así que trabajé por el día y estudié por la noche. Así pasaron tres años más.

Ya a mis diecinueve años emigré a España. Fue un viaje lleno de aventuras y experiencias nuevas. Trabajé en todo lo que podía: en agricultura, recogiendo frutas, cuidando personas mayores, en la hostelería; todo eso me dejó nuevas experiencias. En la hostelería conocí a mi actual esposo, quien me enamoró con detalles y piropos. Después de nueve meses de relación llegó la alegría más hermosa del mundo, una personita que cambiaría mi vida: mi hijo Degler. Él me dio la estabilidad y la compañía que necesitaba. Con mi esposo pusimos un restaurante y una tienda de productos latinos, pero por la crisis de 2012 en España nos fue muy mal: los ahorros se perdieron y ese mismo año regresamos al Ecuador.

Han transcurrido cinco años desde nuestro regreso y ya hay una nueva integrante en nuestra familia, mi segundo amor: mi hija Ángela. En la actualidad soy una madre orgullosa, decidida a seguir en la lucha por mi familia y por las personas que amo.

JAIME MANUEL LANDÁZURI
nació en Urcuquí, Imbabura, en 2000. Estudia en segundo año de Bachillerato de la Unidad Educativa Imbaya. Su actividad favorita es dibujar.

Un viaje peligroso

Viene a mi cabeza un recuerdo de hace muchos años, de aquellas veces en las que salíamos de paseo con mi hermana y sus amigos, a lugares que yo desconocía. Solíamos estar solos porque nuestros papás trabajaban y me dejaban con ella. Un día como cualquiera ella agarró mi mano. Salimos de la casa e invitamos a Kevin, un chico que nos habló sobre un lugar peligroso. Él siempre iba a cualquier lugar y quería ir a ese lugar peligroso, así que empezamos a caminar a ese sitio que estaba lejos de donde vivíamos.

Con cada paso nos alejábamos. Al ver atrás, me daba un sentimiento de incertidumbre porque no sabía dónde quedaba ese lugar. Le pregunté a mi hermana y ella, con una sonrisa, no dijo nada. Continuamos caminando, volví a preguntar pues sentía curiosidad, ya que me parecía que caminábamos sin rumbo, tampoco me respondió, era como si estuviese hablando al aire. Ella volteó su cabeza, hablaba con Kevin: él era mayor a mí, era un chico gracioso y ocurrido que vivía frente a nuestra casa.

Continuamos nuestra travesía. En el paisaje vi un pequeño riachuelo y la conocida vía del tren, que para nosotros era como un camino. Luego de caminar veinte minutos en la vía solitaria y sus campos, estaba frente a nosotros un puente. Sentía un frío que me recorría por el cuerpo. Nos acercamos hasta tener el puente a un paso, nos dirigimos a un camino alrededor del puente e intentamos bajar una pequeña grieta hacia el regadío. Desde ese lugar se veía el puente hasta el otro lado del río; se sentía una fuerte brisa de soledad al fondo del río, a una altura de unos setenta metros.

Empecé a sentir miedo: solo pensar que nos podíamos caer… Otra cosa más que nos podía ocurrir era que al caminar por el puente, el tren pasara. Lo pensamos dos veces y decidimos hacer una competencia: correr sobre los durmientes de madera para llegar al otro lado. Pero claro, a mí me dejaron sentado. Miraba cómo ellos, con tanta facilidad, lo hacían mientras yo sentía un miedo que ninguno de ellos tenía. Imaginaba que podían resbalar y caer al río, pero lograron llegar al otro lado sin que les pasara nada. Sin miedo volvieron de la misma manera: corriendo por las vías del tren. Fue algo incómodo para mí, no obstante, ellos estaban tranquilos, riéndose de lo que habían hecho. Luego volvimos por el mismo lugar, pero yo tenía el miedo de qué hubiese pasado si uno de ellos se caía. ¿Tal vez yo tendría la culpa? Quién sabe. Hasta llegar a la casa solo admiré el paisaje sin querer pensar en el asunto.



Era tarde cuando llegamos: nos despedimos de Kevin y entramos en la casa con cuidado para que nuestros papás no se dieran cuenta de la tardanza. Solo estaba mamá: no nos vio, nos ocultamos en nuestro cuarto para evitar problemas y disimular que estuvimos ahí todo el tiempo; pero ella se dio cuenta, ya que había revisado las habitaciones sin encontrarnos. Nos regañó, mi hermana inventó que acabábamos de regresar de la casa de los vecinos, pero no consiguió que ella nos hablara y recibimos uno que otro castigo.

Este fue un día más de una infancia que recuerdo. Se mantendrá en mi mente porque descubrí un miedo latente: el de perder a mi hermana y familia; y claro, a las alturas aún les tengo miedo.

DOMÉNICA YUCTA
vive en Riobamba, Chimborazo. Su primo Williams Usigña estudia en la Unidad Educativa Vicente Anda Aguirre.

Un día inolvidable en la cancha

Un domingo, como todos los fines de semana, los panas del barrio teníamos el campeonato de *indoor*, que se organiza año tras año, en el que siempre terminábamos frustrados, con las esperanzas por los suelos, sin ganas de jugar lo que más nos gusta, porque durante tres años consecutivos no pudimos ganar, sino que quedamos en segundo o tercer puesto en la tabla de posiciones. Me incluyo porque yo soy la hincha más fiel del equipo.



Nos pusimos a entrenar, y digo *nos* porque yo, como mujer, también entreno con los hombres. Como dicen nuestros abuelos: soy la más *carishina*. Entrenamos juntos porque entre los amigos del barrio no existe el machismo, somos todos iguales: hombres y mujeres. Los fines de semana, para mejorar nuestras tácticas de juego, nos quedamos hasta altas horas de la noche, lo que da como resultado un equipo más fortalecido, tras lesiones, fracturas y malas noches. Lo que más nos caracteriza es la humildad.

Con el equipo ya fortalecido táctica y moralmente, nos inscribimos en el campeonato, haciendo vaca entre todos. El nombre del equipo es actualmente Tócame la Bolita Jr. La plantilla está conformada por las siguientes personas: el Chino en el arco; dos defensas, el Micha y la Roca; un medio apodado Patacuchi; y dos delanteros conformados por Cachorro y el capitán Morocho, que es quien da ánimos al equipo. Todos tienen apodos porque así

somos los del barrio, de esta manera se comprenden mejor; yo no tengo apodo: todos me respetan porque soy mujer.

Una vez inscritos y antes del primer partido el domingo, nos juntamos para darnos ánimos y romper esa mala racha con una oración y un grito que nos llenó de ánimo: gritamos a todo pulmón el nombre del equipo. Después, ellos salieron a la cancha con todos los ánimos de ganar. Tras el silbato inicial, yo apoyé y di ánimos al equipo. Así pasaron los primeros quince minutos. Tras una falta cometida por el equipo contrario, atrás de la media cancha, se reunieron el Morocho, Micha y Roca para ver quién cobraba el tiro libre: quedaron de acuerdo entre ellos que cobraría el de más experiencia en tiros libres, es decir, el Morocho, el capitán. Pita el árbitro y el tiro fue enviado con potencia: ¡metió un golazo en el ángulo de la portería del equipo contrario!, y ese gol me lo dedicaron. Todos los del equipo gritaron: "¡Buena, Morocho!", dándole palmadas en la espalda y en la cabeza. Con el primer gol, subió el ánimo del equipo. El partido terminó con el marcador cinco a dos: con un doblete del Morocho, otro doblete del Cachorro y un gol de Patacuchi. Con tres puntos en el bolsillo nos fuimos muy contentos a nuestras respectivas casas.

Jugando domingo tras domingo, fuimos punteros en la tabla de posiciones. Entonces llegó el día en el que nos tocó un equipo duro: Juvenil Sur. Perdimos dos a uno. No sé qué les pasó ese día a los chicos: comenzaron ganando uno a cero en el primer tiempo y en el segundo, en una falla del Micha, entró el gol, lo que provocó una discusión entre tres integrantes del equipo; unos minutos después entró el segundo gol, lo que desató una discusión más fuerte. Siguieron jugando, pero el otro equipo jugó a la defensiva. Así perdimos el partido. Todos estaban enojados porque se les había escapado la victoria de las manos. El capitán nos reunió a todo el equipo y nos dijo: "Vamos, equipo, no todo en la vida se gana, hay

que saber perder, además, estamos punteros, no dejemos que esta pérdida nos baje el ánimo". Llegamos a un acuerdo: no volver a discutir en los próximos partidos.

Pasaron los días y el equipo seguía ganando: clasificamos a la fase de octavos de final, luego a cuartos, semifinal y hasta que llegamos a lo más anhelado por todos: ¡la final! Pero no cualquier final, sino una en la que tendríamos que desquitarnos con el campeón vigente, Los Domingueros, el equipo que nos arrebató el título anterior.

Entraron a la cancha gritando: "¡Sí se puede, sí se puede!". El Cachorro estaba nervioso, por eso le dije: "¡Vamos, esta es la oportunidad de ganarles, vamos a darle con todo!". Con un poco de nervios, los del equipo saltaron a la cancha. El árbitro dio el pitazo inicial. Al minuto 25 de la primera etapa, nos metieron el primer gol y a los 30 el segundo. Entonces se acabó el primer tiempo.

Emocionalmente cabizbajos, con cansancio, nos pusimos a conversar. "Vamos, equipo, no nos dejemos ganar otro año más, le metimos mucho ñeque para llegar a la final y no vamos a perder de esta manera, ¡vamos, chicos, ustedes pueden!", les dije. Con otra manera de pensar, salieron a jugar. Al minuto 18 de la segunda parte, metimos el primer gol: lo hizo Patacuchi. Pero después de ese gol, el equipo contrario jugó a la defensiva. Al llegar al minuto 20 hicimos el gol del empate. El partido se puso más emocionante. El equipo contrario tenía una multitud de hinchas apoyándole, nuestro equipo apenas tenía unas pocas personas, entre ellas las madres de los jugadores y pocos amigos.

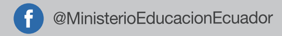
El partido se puso muy reñido. Al minuto 26 el equipo contrario marcó un gol, lo que bajó el ánimo a nuestro equipo, que no tenía esperanzas: tenían las caras tristes y pensamos en la pérdida, pero en el minuto 29, faltando un minuto para terminar el partido, el Morocho marcó un gol que dio un nuevo respiro al equipo. Así

terminó el segundo tiempo y nos fuimos a los alargues, en los que no pasó nada, así que nos fuimos a los penales. Entonces se me acercó el capitán y me dijo que iba a ganar el campeonato con el equipo y que me lo iba a dedicar por ser parte de él, por ser la que siempre les dio ánimo en todos los partidos.

Solo podían cobrar tres tiros, así que los que patearían serían el Morocho, Patachuchi y Cachoro. Ellos anotaron y nuestro arquero, el Chino, atajó dos penales, lo que nos dio la victoria. Así alzamos el gran trofeo y nos pusimos medallas, hasta yo, por ser parte del equipo, con la frente en alto y con humildad. ¡Ese fue el mejor día de mi vida en una cancha de *indoor*!



Los relatos de este libro reflejan la importancia de la comunidad en nuestra cultura. Encontrarás anécdotas que ocurren tanto en el campo como en la ciudad, historias de comuneros que logran el reconocimiento de sus localidades o testimonios de las luchas de las nacionalidades indígenas. Todas estas narraciones forman parte de "Nuestras propias historias"; te invitamos a leerlas, quizás en alguna página encuentres la tuya.







/MinEducacionEcuador

/Educacionecuador





Dirección: Av. Amazonas N34-451 y Atahualpa Quito-Ecuador
Teléfono: 593-2-396-1300 / 1400 / 1500 **Código Postal:** 170507
www.educacion.gob.ec